



EN EL DESIERTO DE LA SOLEDAD

(Cuaderno de viaje: Chiapas)

EN EL DESIERTO DE LA SOLEDAD

(Cuaderno de viaje: Chiapas)

Patxi Irurzun

Ilustraciones: Juan Kalvellido

*Para todos los “compas” que viajaron conmigo a La Culebra,
en el municipio autónomo y rebelde Ricardo Flores Magón,
en abril de 2005.*

*Para mi mujer Anabel y mis hijos Hugo y Malen.
Ellos son el mundo mejor que llevo en mi corazón.*

Los personajes y hechos que aparecen en esta novela son ficticios. La literatura puede volverlos verosímiles, muy parecidos a algunas personas que he conocido o situaciones que he vivido; o puede que suceda al revés, esas personas y situaciones que he conocido se parecen sorprendentemente a personajes y hechos de ficción. Todo es posible y nada es real en un mundo como este en que transcurre la acción, en un mundo en el cual quienes desean hacerse visibles deben enmascararse.

1. EL MURAL MÁGICO.

Reportaje publicado por María Rojo en la revista Insurgencias

Vecinos de diferentes ciudades del mundo han pintado desde 1998, cuando fue destruido en Chiapas por fuerzas militares, réplicas del mural de Taniperla

Esta es la historia de un mural mágico, que se destruye apenas cuarenta horas después de ser finalizado y reaparece, como proyectado en espejos, en diferentes partes del mundo: San Francisco, Toronto, Munich, Colonia, Sao Paulo; y también Madrid, Barcelona... Un mural en el que Zapata revive con aspecto más indígena que nunca, hay un escritor libertario que siembra letras en el campo, fronteras con forma de cintura de mujer, cuatro soles y una arteria de agua. Un mural en el que la vida y los sueños bailan una danza contra la cual no hay ejército que pueda combatir. Es el mural de Taniperla, pintado por los indios tzeltales y artistas de varios países en el municipio autónomo Ricardo Flores Magón, en Taniperla, Chiapas, México, el Mundo.

EL MURAL MÁGICO. VIDA Y SUEÑOS DE LA CAÑADA PERLA

Toda esta historia comienza justo cuando algunos creen que termina. El 11 de abril de 1998 un operativo militar irrumpe de madrugada en Taniperla, cabecera del municipio autónomo Ricardo Flores Magón, ametralla el mural, y detiene a 20 personas, entre ellas 12 observadores internacionales (cuatro ciudadanos españoles). El municipio había sido inaugurado el día anterior. Por ello se destruye el mural. Porque el mural es al tiempo la fachada de la “casa de los trabajos de las comunidades”. Porque representa no lo que es, sino lo que aspira a ser ese municipio y quienes lo componen, las 112 comunidades de indios tzeltales distribuidas a lo largo de la cañada por la que discurre el río Perla, que —junto con las “tanías”, las cañas que crecen a sus orillas— le da nombre: Taniperla.

Los municipios autónomos surgen en zonas de influencia zapatista, en México, como formas de autogobierno ante la imposibilidad de los campesinos indígenas de circular con normalidad por su propia tierra, la que ellos trabajan, o acceder a servicios básicos —la escuela, el centro médico...—, dada la distancia o la profusión de controles militares en los que son retenidos y humillados. En estas zonas son

los propios campesinos los que se organizan en asambleas, levantan campamentos de paz, cooperativas... Desafían en suma al gobierno federal. Al mal gobierno, como lo llaman ellos. Son, pues, municipios autónomos y también en rebeldía. Ilegales. Porque la ley y la justicia no siempre son el mismo cuento. No es justo tener tres años y morir por una diarrea, el día que a la doctora no le apetece pasar consulta —o pasar consulta tan solo a los “priístas” o simpatizantes del PRI”, el partido, por entonces, en el poder—. No es justo ser mujer y doblar cada esquina de tu propia aldea temiendo que un soldado te viole. No es justo ser un hombre invisible y sin embargo poder ser alcanzado por una bala en cualquier momento. La ley del mal gobierno no es justa e incluso hasta ella misma es ilegal: los “Acuerdos de San Andrés”, firmados en 1996 entre el Ejército Zapatista y el gobierno mexicano, que reconocían los derechos de los pueblos indígenas y se comprometían a solucionar algunas de sus demandas, nunca llegaron a cumplirse. Por ello, amparándose en el artículo 39 de la Constitución mexicana, que dice que el pueblo tiene todo el derecho a elegir su forma de gobierno, el municipio Ricardo Flores Magón es inaugurado los días 9 y 10 de abril de 1998, tras un amplio consenso entre los miembros de las comunidades que lo componen.

Uno de los actos de esta inauguración fue la culminación del mural, en el que habían trabajado durante las cuatro semanas anteriores artistas de diferentes países y hombres, mujeres y niños de doce comunidades indígenas diferentes. Un esfuerzo en apariencia inútil, pues al día siguiente, cuando el municipio es tomado por el ejército, su simbólico trabajo, elocuentemente titulado “Vida y Sueños de la cañada Perla” es atacado de forma salvaje. Nada menos que mil hombres armados irrumpen de madrugada en Taniperla, un pueblo habitado por dosmil habitantes, y no sólo destruyen el mural, sino que queman casas, campos y practican detenciones.

Los hombres de la aldea habían huido al monte en las horas previas ante los rumores y amenazas de desmantelamiento del municipio, así que la mayoría de estos detenidos son observadores internacionales, a los que se expulsa del país y se les prohíbe la vuelta al

mismo acusados de incitar a la rebeldía y ser sorprendidos en flagrante delito (“Flagrante no creo, porque estaban durmiendo”, ironizó en su día el cónsul español). Peor suerte corrieron los propios indígenas, que continúan sufriendo desde ese 11 de abril de 1998 hasta hoy día hostigamiento y vejaciones. Sin embargo, puede que sea sencillo arrebatar la vida, o conseguir que lo que es una vida normalizada, la que en definitiva reproduce el mural de Taniperla, se convierta en un sueño, pero estos, los sueños, no se arrebatan tan fácil (del mismo modo que —en lenguaje zapatista— “no se pueden beber los mares ni amarrar los vientos”) y el mural, que había sido fotografiado a color por algunos observadores unas horas antes de la incursión militar, reaparece al cabo de un tiempo en diferentes puntos del planeta.

Es aquí donde comienza esta historia.

Los observadores internacionales se mantienen en contacto tras la expulsión y comentan la idea de reproducir el mural como muestra de solidaridad y de denuncia. Pronto éste es pintado en sus ciudades de origen: San Francisco, Toronto, Barcelona... Después, como reflejado por un espejo mágico e invisible, que proyecta sus luminosos colores, otros grupos comienzan a imitarles. Las esquirlas del espejo saltan desde la salvaje Patagonia argentina hasta la aristocrática Venecia, pasando por Brasil, Irlanda, México D.F, Barcelona, Madrid, Málaga, Canarias o pequeñas localidades que no se distinguen en los atlas del mundo, como Ruesta, pueblo abandonado del prepirineo aragonés y cedido para su recuperación al sindicato CGT (Confederación General del Trabajo)... En muros, enormes lienzos o sobre telas de vela de barco. Más de 40 murales en todo el mundo. Una cifra que ni siquiera se conoce con exactitud. A menudo tampoco los diferentes grupos tienen conocimiento unos de otros. A veces la noticia llega a través de un eco, el eco de los barrancos y las montañas de la selva Lacandona, que reproduce algún vecino que la ha caminado. Otras veces el mural es un mural móvil, que se pinta sobre un gran lienzo con motivo de algún encuentro o una “anticumbre”, como la celebrada en Barcelona en marzo de 2002, y que después viaja por distintos lugares, dejando un reguero de semillas a su paso.

En todo caso, y aunque en el fondo en la reproducción del mural late siempre un sentimiento común de simpatía y apoyo a la causa zapatista, lo realmente mágico es que cada uno de los espejos cobra vida propia, que cada grupo que se decide a reproducirlo vive experiencias inolvidables, afloran en él, sin duda nutridas por el trabajo y los objetivos compartidos, fuertes sentimientos de camaradería, solidaridad, esperanza...

En Toronto, en la misiones de Scarboro, donde artistas locales, alumnos de institutos y escuelas lo reprodujeron como parte de un proyecto enmarcado en la “Biennale 2000”, además del diseño original se añadieron imágenes de diferentes comunidades de la ciudad, como inmigrantes checos de origen romaní.

En San Francisco muchos de quienes participaron en el mural, pintado en la fachada de una librería, estaban al tiempo conspirando, organizando las protestas de Seattle contra la Organización Mundial del Comercio.

En Bariloche, en Patagonia, el mural fue pintado en la tapia del cementerio, llenando de colores la frontera entre “los muertos y los semivivos, para que ese paredón triste sea el freno a la muerte y la exclusión”.

Esta es, pues, en definitiva, la historia de muchas historias; la historia de un mural que es al tiempo un espejo, muchos espejos, con la facultad prodigiosa de reflejar en diferentes puntos del planeta a unos hombres y mujeres invisibles, los indígenas mexicanos, su vida y sueños; un mural, un espejo, que también reproduce la vida y los sueños de quien le da color en algún rincón del planeta y en el que todo aquel que se mira ve reflejada una persona mejor, capaz de creer todavía que es posible un mundo también mejor; un mundo en el que quepan otros mundos.

2. NOTA INTRODUCTORIA DE LA AUTORA

Cuando, meses después de escribir este cuaderno de viaje, regresé a San Cristóbal de las Casas —siempre se termina regresando a San Cristóbal de las Casas— me dijeron que Ramón había cambiado su pincel por un fusil y se había echado al monte, con el EZ. En realidad no me lo dijeron, sólo lo insinuaron, con ese lenguaje húmedo hasta el escalofrío y envolvente como la niebla de la selva Lacandona, ese lenguaje impreciso y misterioso con que allá encapuchan las conversaciones sobre los zapatistas. Pero yo comprendí lo que querían decir. Y no me extrañó. Ramón siempre fue así: impenetrable, hermético, pero firme en sus convicciones íntimas (tan íntimas que a menudo el resto las desconocíamos).

—Lento pero seguro— como le dijo el niño que le vendió en las ruinas de Palenque el colgante con una tortuga, su signo del calendario maya, el día que todo acabó entre nosotros dos.

De todos los que viajamos a La Culebra para volver a pintar el mural de Taniperla, Ramón aparentemente era el menos indicado para tomar una decisión como aquella. Su carácter introvertido y huidizo, su actitud reconcentrada y huraña, hacían pensar en cierto desapego de su parte hacia la causa zapatista. Ramón solía vagar como un alma en pena por la comunidad con su camiseta salpicada de gotas de pintu-

ra seca y agujereada por quemazos de aquellos cigarrillos sin filtro que fumaba descuidadamente. Eludía siempre las asambleas y reuniones con las autoridades municipales. También las conversaciones políticas. Y cuando hablaba, sobre los zapatistas o sobre nosotros, las bases de apoyo civil, era a solas conmigo y siempre para cuestionarnos, como si le fuésemos ajenos.

—Sois sólo una pandilla de soñadores ridículos —solía decirme por las noches, en el barracón que compartíamos.

Parecía, en definitiva, que lo único que le importara fuera el propio mural, en lugar de lo que éste representaba.

El mural de Taniperla.

Fue a través de él, del artículo que yo escribí en “Insurgencias”, como conocí a Ramón. Tras publicarlo diferentes personas y grupos se pusieron en contacto conmigo, interesadas en reproducir el mural en sus barrios o pueblos. Cada uno de sus mensajes me llenó de satisfacción, pero sin duda fue la voz de Ramón la que me llegó más hondo, hasta algunos pliegues de mi corazón en los que hacía tiempo no se escuchaba ningún eco.

Ramón me escribía desde Alsasua, un pueblo de Navarra en el que un grupo de artistas locales hacía tiempo que querían pintar un mural sobre la pared de un antiguo cuartel. Me preguntaba si en el caso de que decidieran pintar el mural de Taniperla, yo les ayudaría, les proporcionaría el modelo, les pondría en contacto con otros grupos, con el municipio autónomo Ricardo Flores Magón, etc. Nada distinto a los demás. Fue la manera en que Ramón escribía la que lo distinguió: sus mensajes plenos de un inocente entusiasmo unas veces, otras impregnados de una atractiva melancolía, siempre como si sus palabras fueran una puerta entornada, como si tras ellas quedara siempre algo oculto, algo por descubrir (lo mismo que sucedía, por otra parte, con los sugerentes dibujos que solían acompañar a sus textos).

Pronto comenzamos a intercambiar correos electrónicos, en los que el mural fue pasando a un segundo plano y comenzamos a hacernos confidencias. A veces es así, resulta sencillo entregar lo más íntimo de una misma de ese modo, por escrito y en la distancia, a personas des-

conocidas, porque las moldeamos en la imaginación a nuestro antojo. Yo, de hecho, tras romper una relación de varios años me encontraba especialmente vulnerable y adorné a Ramón con todas las cualidades que había echado en falta en mi anterior pareja (con la cual, por ejemplo, había un grave problema de comunicación, todo lo contrario que con Ramón, con quien llegué a tener tal confianza que era capaz de desvelarle secretos que nunca había confesado a nadie —por ejemplo, que a veces, cuando me sentía deprimida, me daba un atracón en el McDonalds más próximo, con Coca-Cola incluida, el más sacrílego de los pecados para una internacionalista de pro como yo).

El mural de Taniperla de Alsasua fue terminado tras varios meses de crudo invierno, al cabo del cual Ramón y sus compañeros lograron que lucieran cuatro radiantes soles sobre la pared del cuartel. Unos días después Ramón me escribió diciendo que, concluido el trabajo, se venía para Madrid. Quería probar suerte, abrirse camino con sus cuadros. Yo le ofrecí quedarse en mi casa una temporada, que terminó prolongándose un año y medio de vida en pareja —hasta que viajamos a México—.

Vivir con Ramón fue algo sencillamente complicado. Él ya me había advertido de su introversión enfermiza, que resultó ser, en nuestro primer y frío encuentro, algo más que una muestra de absurda coquetería con que suelen adornarse personas que evidentemente no son tímidas, pero yo se la disculpé entre otras cosas porque tenía unos preciosos ojos verdes, que lucieron igualmente como soles desde el primer momento y derritieron el hielo apenas pasaron unos días —para ser exactos, la licuación completa se produjo el día que nos besamos por primera vez—.

Descubrí pronto que me sentía cómoda a su lado, que me proporcionaba tranquilidad y me hacía reír, pero también que aquello era algo que se reducía al ámbito puramente doméstico. Cada vez que salíamos de casa y nos juntábamos con otras personas él se replegaba en su caparazón. Apenas abría la boca y parecía siempre distraído, distante. Se transformaba, en suma, en una persona diferente a la que yo conocía. Ello me hacía sufrir. Me enervaba que mis amistades y fa-

miliares no pudieran conocer a ese Ramón sensible que me acariciaba la espalda por las noches, a ese Ramón divertido que bailaba en casa en calzoncillos al levantarnos, a ese Ramón genial, sobre todo, que pintaba cuadros como puertas entreabiertas. Me enervaba hasta tal punto que con el paso del tiempo yo misma comencé a no soportar defectos en él que hasta entonces había pasado por alto. Como su inutilidad absoluta para los aspectos prácticos de la vida. No soportaba, por ejemplo, que fuese incapaz de hacer caer la ceniza de sus cigarrillos dentro del cenicero; que abrir una lata de conservas se convirtiera para él en una *ginkana*; que nunca consiguiera llamar la atención de los camareros para pedirles la cuenta... No soportaba, sobre todo, no saber con qué persona estaba compartiendo mi vida. ¿Con el artista de talento envidiable o con el hombre torpe e insignificante del que me avergonzaba? ¿Con quien escribía emails encantadores o con quien se convertía en un misántropo en cuanto salíamos de casa?

Esa esquizofrenia había alcanzado su punto más álgido sólo unos días antes del viaje a México.

Éste —el viaje— había surgido en principio como una iniciativa del sindicato CGT (Confederación General del Trabajo), hermanado con el municipio autónomo Ricardo Flores Magón. Habían pasado 7 años —un número mágico para los indígenas— desde la inauguración del municipio y desde la destrucción del mural y, después de que el mismo diera varias vueltas por el mundo, se había tomado la decisión de que retornara a su lugar original. El mural se pintaría de nuevo, si no en Taniperla, que ahora se había convertido en un acantonamiento del ejército mexicano, en el ejido de La Culebra, uno de los principales municipios de Flores Magón, haciendo coincidir tan significativo acto con el cambio de las autoridades municipales zapatistas. La CGT, además, haría entrega de los fondos recaudados para un hospital que se estaba construyendo en el municipio. Todo ello, si les dejaban, durante una fiesta que se celebraría el 10 de abril, fecha del aniversario de la muerte del general Emiliano Zapata.

Yo no estaba afiliada a la CGT pero me habían invitado a formar parte del viaje como autora del reportaje en “Insurgencias” (después

de todo, mi reportaje había sido culpable de que el mural de Taniperla se pintara en varios lugares y de que en éstos también se recaudaran fondos para el hospital). Curiosamente junto con la invitación me preguntaban si conocía algún artista capaz de pintar el mural, de perfilarlo y coordinar a quienes se animaran a colorearlo. Por supuesto yo pensé de inmediato en Ramón. Ramón había venido a Madrid para abrirse camino con sus cuadros, pero todas las puertas se le iban cerrando poco a poco, por una parte por su falta de habilidades sociales, por otra por una extraña mezcla de orgullo y humildad (había rechazado buenas oportunidades, exposiciones colectivas junto a autores de renombre por antipatías o exposiciones individuales por problemas de conciencia —por ejemplo porque las patrocinaban bancos—). Durante los últimos meses, desilusionado, apenas pintaba ya e incluso rechazaba propuestas que antes aceptaba de buen grado: exposiciones en bares, ilustraciones para libros de nuevos valores literarios (es decir, que no tenían un duro con el que pagarle), etc. La idea de viajar a Chiapas y volver a pintar el mural de Taniperla, sin embargo, le entusiasmó. Y yo me entusiasmé con él. Pensé que la experiencia, viajar en grupo, coordinar el mural, le haría abrirse a los demás, que sería un tratamiento de choque eficaz contra aquella esquizofrenia de su personalidad que tanto me enervaba. Pero me equivoqué. Ramón, por el contrario, asumió aquel viaje como una manera de encerrarse todavía más en sí mismo. Como si aquel año y medio de convivencia conmigo le hubiera ido vaciando, haciéndole sacar de dentro de sí mismo vísceras que necesitaba para volver a pintar. Ramón me había permitido asomarme a su caparazón y descubrir que bajo aquella piel dura y áspera hacía calor, un calor suave y acogedor, y que allá dentro palpitaba un corazón desbocado y puro, pero ahora me daba cuenta también de que, allá dentro, no había sitio, no había aire para dos personas —o al menos de que yo no era la persona apropiada para acomodarme en sus huecos—.

Por eso, cuando meses después regresé a San Cristóbal de las Casas —siempre se termina regresando a San Cristóbal de las Casas— y me dijeron que se había echado al monte con el EZ no me extrañó. Com-

prendí que allá estaba su lugar. Un lugar en el que para ser él mismo, para dejarse ver como realmente era, Ramón debía permanecer enmascarado. Un lugar en el que pudiera recorrer su propio camino y a su propio ritmo: lento pero seguro, confundido con la niebla.

Los primeros pasos hacia ese lugar quedaron recogidos en este cuaderno de viaje por el México menos lindo; este cuaderno que es además el cuaderno de bitácora de un naufragio y al cual, cada vez que lo releo en busca de respuestas, me abrazo como a un tablón, mientras la marea de la vida me conduce tal vez también a mí a algún lugar que sea, igualmente, mi lugar.

María Rojo, Madrid, verano de 2005



3. CUADERNO DE VIAJE

Domingo, 3 de abril de 2005. Sobrevolando algún punto del océano Atlántico entre Madrid y México DF.

Odio los viajes. Los odio en la misma medida en que me encanta conocer otros países, otras culturas o las luchas de otros pueblos. Pero no soporto el hecho físico de desplazarse, sobre todo si, como en este caso, se trata de un viaje largo y en avión. Volando siento como si estuviera transgrediendo alguna ley de la naturaleza, desafiando al tiempo y al espacio y éstos me fueran a rendir cuentas después. Odio igualmente los aeropuertos. Las voces enlatadas anunciando llegadas, salidas y retrasos; los controles de pasaportes; los viajeros deambulando serios y aseados. Odio esa frialdad, tan distinta por ejemplo a las viejas estaciones de trenes o de autobuses, que también son tierra de nadie, pero a la vez se convierten en refugio de quienes viven sin rumbo, en una pequeña patria para los desarraigados. Los aeropuertos, por el contrario, se parecen demasiado a la sala de espera del dentista, de un banco, de cualquier otro lugar en el que vayan a arrebatarte algo.

Pero bueno, tal vez se trate sólo de una mala digestión y piense todo esto sólo porque acabo de comerme uno de esos repulsivos platos de pasta que únicamente son capaces de servirte a bordo de un avión.

No sé qué hora es. Hemos salido de Madrid a las dos de la madrugada y llegaremos al DF a las 6 de la mañana. México DF. La ciudad

más grande del mundo (unos 30 millones de habitantes, dicen) y, dicen también, la más peligrosa. No es la primera vez que me dirijo a la ciudad o al país más peligroso del mundo (eso era lo que me decían cada vez que viajaba como observadora internacional o para escribir reportajes a otros lugares en conflicto, como Palestina o Irlanda), pero no puedo evitar cierta inquietud. Estaremos dos o tres días en el terrible DF y después partiremos hacia Chiapas, donde —al menos, en las comunidades zapatistas— se libra una guerra de baja intensidad.

Apenas conozco a nadie de los que componemos nuestro grupo, excepto a Ramón, y un poquito a Carlos, el secretario de la comisión de solidaridad con Chiapas de la CGT, con quien he intercambiado algunos emails. Carlos tendrá unos cincuenta años y es la viva imagen de Pancho Villa, con su bigotón, su cabeza como un busto y esa voz de trueno rota, en lugar de por el tequila, por los Ducados. Sus compañeros de la CGT, de hecho, bromean y le llaman “el general”, en parte porque es a él a quien le ha tocado la desagradable tarea de, en un grupo de anarquistas indisciplinados como éste, ejercer de coordinador. Junto con él viajan el secretario general de la confederación de Madrid, Pedro, y el de finanzas, Luis. Pedro es un aguerrido sindicalista, a la vieja usanza. Trabaja en un banco, pero hace más de veinte años que no se pone un traje o una corbata. Desde entonces sólo se viste con camisetas reivindicativas. Hoy lleva puesta una con un dibujo de la bruja Avería que dice “¡Viva el mal, viva el capital!”. Me lo imagino con ella, y con su barba entrecana y revuelta, que le llega hasta mitad del pecho, en su ventanilla de grandes clientes, que es la que atiende en el banco.

Luis, el secretario de finanzas, es un tipo flacucho y extrovertido —demasiado extrovertido para mi gusto—. Desde que nos hemos reunido para facturar los equipajes no ha parado de contar chistes, la mayoría de ellos sexistas, y, una vez ya en el avión, de pedirle cervezas a la azafata. No me resulta en absoluto simpático y no es desde luego alguien a quien yo confiaría mi dinero.

Hay otra afiliada más de la CGT: una chica joven, de unos 18, a la que llaman La Niña y cuya cara me resulta remotamente familiar.

Puede que la haya visto en algún café para mujeres, o en alguna manifestación, pero no estoy segura, porque todas las chicas de ese tipo y edad me parecen iguales, con sus rastas, sus pendientes en la lengua y en el ombligo y esa rebeldía inocente de quien todavía no se ha acostumbrado a perder batallas.

El resto de la expedición no pertenece al sindicato. Hay una pareja de treintañeros, de un comité internacionalista. Acaban de regresar de Tinduf y todavía tienen las uñas teñidas de “hena”. Barrunto que con ellos va ser con quien más afinidad establezca. Por edad y porque también son periodistas —él es fotógrafo y ella escribe—.

Y están también dos muchachos andaluces, un electricista y un fontanero, que han sacrificado sus vacaciones para trabajar voluntariamente acondicionando el hospital.

Parece, en definitiva, un grupo bastante dinámico, en el que creo que me encontraré a gusto, a pesar de que he observado, antes de embarcar, que son todos ellos grandes fumadores —apuraban sus últimos cigarrillos con desesperación—, los peores enemigos con que puedo contar precisamente ahora que hace dos meses que he dejado el tabaco.

En el avión estamos todos desperdigados. Nuestros billetes son electrónicos y nos han adjudicado los asientos a última hora, mientras facturábamos, sin posibilidad de elegir. Yo he tenido suerte, me ha tocado ventanilla, pero Ramón está dos o tres filas por delante, en la de en medio, entre dos tipos que duermen a pierna suelta. Todavía no se ha podido levantar, aunque creo que no le importa demasiado. En Madrid, en el aeropuerto le he notado aturdido, con tanta presentación, y ahora supongo que prefiere estar solo.

No sé qué hora es, como digo, pero llevamos ya varias de vuelo y comienzo a sentirme cansada. Esta es, desde luego, la peor parte de los viajes, el tributo que hay que pagar quizás por viajar contra el tiempo. Ahora voy a intentar dormir, aunque me temo que esta vez, como las otras diez o doce anteriores, tampoco lo conseguí.

23:30. Hotel Isabel la Católica. México DF.

El de hoy ha sido un día muy largo (siete horas más largo, la diferencia horaria entre México y España). Hemos aterrizado hacia las siete de la mañana. Por la ventanilla del avión el DF se ha aparecido como una sucesión interminable de colinas cubiertas por chabolas y “blocs”, las humildes casas de cemento con forma de cubo, que se extienden en colonias hasta que la vista se vuelve vaga y la ciudad se confunde con los rayos de un sol sucio, oculto tras un “smog” gris y químico.

Hemos tardado una hora en salir del aeropuerto. Estábamos algo nerviosos porque transportábamos material altamente peligroso: unos cuantos libros y algo de jamón. Los libros son una edición que se ha hecho como otra fuente de financiación para el hospital y de la cual se han traído unas decenas de ejemplares para vender en México y para regalar al Frente Zapatista y otras organizaciones afines. El jamón, para ataques de morriña y para satisfacer las mordidas de algún que otro policía corrupto. Hemos repartido el material subversivo entre todos los miembros de la expedición. De todos modos en la aduana del aeropuerto los agentes no han sido demasiado exhaustivos. El sistema es cuando menos curioso. Quienes llegamos al país vamos pasando con los equipajes junto a un semáforo y pulsamos un botón, que se ilumina en verde, dando vía libre, o en rojo, en cuyo caso se hace un registro. Esto sucede una vez de cada siete, aproximadamente, y a mí me ha tocado la china. Una mujer policía me ha hecho abrir la maleta y ha removido un poco la ropa, todo ello sin dejar de hablar ni de mirar a la cara de su compañera. Ni siquiera se ha interesado por mi mochila de mano, que llevaba a la espalda con el “pata negra”. Así que he pasado sin problema, preguntándome, eso sí, si la luz roja tenía algún otro significado oculto, si era alguna advertencia, algún presagio sobre algo que pudiera sucederme durante ese viaje. Eso y qué sucederá cuando la luz que se enciende es la naranja.

Antes de salir del aeropuerto, por cierto, ha ocurrido algo que me ha hecho pensar que en nuestro grupo hay también alguna luz en ámbar. Ha sido al ver unas agentes de aduanas que iban vestidas con unas faldas minúsculas.

—Joder, pero si se les ve hasta el pasaporte —ha dicho Luis.

La mayoría de la expedición ha recibido su ocurrencia con una carcajada, pero Carlos, “el general” le ha replicado:

—Bastante tienen ellas con tener que aguantar trabajar con esa pinta.

—Hombre, yo sólo lo digo porque es que la cosa da al ojo.

—Ya, pero nosotros somos lo que somos y venimos a lo que venimos —ha zanjado, algo crípticamente, Carlos.

Supongo que se refería a nuestra condición de personas de izquierdas y solidarias, aunque me ha parecido percibir que la discusión iba más allá y afectaba a lo personal.

Después hemos salido del aeropuerto. Fuera nos estaban esperando dos “compas”, para llevarnos al hotel en coche. La mañana era soleada, pero no hacía excesivo calor.

—Por la mañana y al anochecer suele refrescar. Estamos a 2.200 metros de altitud —ha explicado el “compa” que conducía nuestro auto, mientras se abría paso entre cientos de escarabajos verdes, los legendarios taxis mexicanos.

El tráfico loco, las calles, las fachadas de los edificios de una o dos alturas y abarrotadas de letreros y extraños reclamos comerciales (“Chicharrones”, “Elotes”, he alcanzado a leer en algunas de ellas), los semáforos, en los que aguardaban ejércitos de personas, todo, me ha recordado a Manila, donde pasé un par de semanas, en un encuentro contra la prostitución infantil. En ambas (y supongo que en realidad en todas las grandes megalópolis del mundo, de ese otro mundo que gira en otra órbita que el nuestro, cada vez más aséptico y ordenado) el caos se organiza de ese modo extraño con el que fluye la vida, como un río de aguas revueltas. Porque estas son ciudades en las que todavía se vive en la calle, en lugar de asomarse a ver la vida a una pantalla líquida o de codificarla a través de fibra óptica.

Otra cosa que me ha recordado a Manila ha sido la polución. Mientras recogíamos los equipajes a la puerta del hotel he sentido un molesto picor en los ojos que solo he conseguido aliviar con unos cuantos lagrimones. México DF es la ciudad más contaminada del mundo. Según oí

explicar a un biólogo, a esta altura los bajos niveles de oxígeno atmosférico causan una combustión incompleta de los motores y aumentan las emisiones de monóxido de carbono y otros componentes. A su vez, la intensidad de los rayos solares genera niveles de bruma superiores a lo normal y esta neblina impide que el sol caliente la atmósfera lo suficiente para atravesar la capa de inversión que cubre la ciudad. Y luego nuestro biólogo remataba: “Aquí la contaminación no mata a la gente, pero algunas personas mueren antes de lo esperado”. Evidentemente era un biólogo adscrito a la secretaría de Medio Ambiente.

El hotel es bonito, de estilo colonial, con una recepción amplia y luminosa.

—Este es mi cuartel general cada vez que vengo al DF —ha dicho al entrar Carlos, “el general”, dejándose caer sobre uno de los sillones. De hecho, apenas se ha acomodado ha aparecido un camarero y le ha preguntado si quiere una “michelada” (que después hemos descubierto que es una cerveza con limón y sal)

—Sí— ha aceptado. Tengo que hacer unas llamadas. Hay que fijar la cita con el Frente, alquilar el autobús para San Cristóbal... Pero todo eso llevará un tiempo. Estamos en México. Así que hoy, y seguramente mañana, tenéis tiempo para hacer turismo —se ha dirigido después a la tropa.

Hemos subido, pues, a las habitaciones, a ducharnos y descansar un poco, antes de salir a dar la primera vuelta por la ciudad. Las habitaciones son algo menos elegantes que la recepción, hace más calor y desde la calle trepa un leve barullo de motores, gritos de vendedores ambulantes y un enloquecedor *max-mix* musical (mariachi, reggae, cumbia...). Pero es suficiente: hay una cama y una ducha con agua caliente; además tampoco vamos a parar mucho por aquí. Y sobre todo las habitaciones son baratas: Ramón y yo pagamos 270 pesos, unos 18 euros —en el aeropuerto hemos cambiado a catorce pesos el euro y hemos llegado a la conclusión de que multiplicando por diez la divisa local hacemos una conversión aproximada a pesetas, que es la moneda que todavía sigue tintineando en nuestras cabezas—.

A la una hemos quedado en la recepción, para ir a comer, pero hemos salido una hora más tarde, porque ha habido que esperar a

algunos dormilones y a La Niña, a la que Carlos ha alojado en la casa de un conocido, pues anda corta de presupuesto.

El hotel está en el centro, a dos o tres cuadas —como dicen aquí— del gran Zócalo o Plaza Constitucional, hoy una de las mayores plazas públicas del mundo, punto de encuentro para reivindicaciones políticas o multitudinarios eventos artísticos, y que un día fuera “el ombligo del mundo”: el antiguo templo de la luna de Tenochtitlan, la capital del imperio azteca. Frente a sus ruinas, haciendo gala de ese sincretismo tan propio del catolicismo, hoy se levanta la Catedral —o más bien, se hunde, pues sus cimientos se asientan sobre lo que en un día fuera una laguna —ya lo dice la canción: “Guadalajara en un llano, México en una laguna”—. La Catedral es el templo más grande de América y el tamaño de sus campanas debe de estar en consonancia pues ya desde que hemos salido del hotel las oíamos redoblar a muerto. Enseguida hemos comprendido que Juan Pablo II ha fallecido. Lo esperábamos desde hace algunos días, incluso en el avión se ha hecho una pequeña porra sobre la fecha, pero la noticia ha sido acogida con indiferencia en un grupo de ateazos como el nuestro.

—Total ahora pondrán a otro como él; o peor —ha dicho alguien.

Y otro:

—Al menos así, de viaje y desconectados del mundo, nos libramos de todo el paripé que van a montar con el funeral, la sucesión...

Tras pasar frente a la Catedral nos hemos dirigido al Palacio Nacional, también en el Zócalo. Queríamos ver los murales de Diego Rivera pintados en sus paredes. Yo me he alegrado por Ramón, porque pensaba que esa era una buena manera de que comenzara a hablar con lo demás. De hecho, los demás, que saben que Ramón va a pintar el mural en Taniperla, han intentado aprovechar que estaba en su terreno para intimar con él. Ramón, sin embargo, se ha mostrado tan parco como siempre. He sentido ganas de zarandearle, para sacarle de su ensimismamiento, de gritarle: “Pero, vamos, cuéntales todo lo que sabes, diles cuánto admiras a Diego Rivera, háblales de él con la pasión que lo haces conmigo, como si yo fuera tu Frida Khalo”. Pero nada. Me da rabia cuando Ramón se comporta de ese modo. Le hace parecer no sé si altivo o directamente tonto.

Al final ha sido Andrés, un “compa” (hasta entonces no me había dado cuenta de que venía con nosotros; es un atractivo muchacho de rasgos indígenas, alto, con barba desgreñada y el pelo largo recogido en una coleta), quien ha ilustrado con su verbo florido y su dulce acento mexicano el famoso mural en las escaleras del palacio: en él está el México precolombino, el de los corazones humanos ofrecidos a los dioses, pero también el que dio al mundo la piña, el maíz, el algodón, el aguacate o el chicle, “que no lo inventaron ni extendieron por el mundo los marines yankis; los aztecas lo obtenían de la savia de un planta llamada chitcli y lo mascaban para lavarse los dientes y también para engañar la sed y el hambre”, ha dicho Andrés—; en el mural también aparecen los conquistadores españoles, con sus rostros terribles de color verde, como si fueran extraterrestres o los hombres barbados de la profecía, con sus armaduras resplandecientes, sus espadas ensangrentadas y sus bolsas con monedas; y en la parte central —como en nuestro mural de Taniperla— Emiliano Zapata tras una pancarta que exige “Tierra y Libertad”; y Karl Marx, con la primera página del manifiesto comunista; y una revuelta de obreros exigiendo el derecho a huelga; y tres agraristas, a punto de ser ejecutados, pero mirando con dignidad al frente, asumiendo su lucha hasta las últimas consecuencias... Toda la convulsa historia de México, pintada con un sobrecogedor abigarramiento de imágenes.

Hemos salido algo aturdidos del Palacio Nacional. Necesitábamos airearnos, callejear un poco. Que es, en realidad, lo que a mí me gusta de los viajes: la santa trinidad del auténtico viajero: mercados, transportes públicos y casas particulares. Nosotros hemos empezado por desafiar la llamada “venganza de Moctezuma” —es decir, la diarrea— comprando algo de comida en alguno de los puestos callejeros. Así he descubierto que los chicharrones son unas grandes cortezas de cerdo y los elotes, mazorcas de maíz. Y que aquí en México todo debe de picar, incluso la fruta, pues unas bolsitas con raciones de papaya, sandía y coco nos las han servido espolvoreadas con chile (el mismo chile que he visto sobre helados en otros puestos callejeros).

Toda la calle, por cierto, toda la ciudad de México, en realidad, según he podido apreciar después, es un inmenso mercado, un in-

terminable top-manta. Sobre sus aceras se exhibe cualquier tipo de mercancías: discos y libros piratas, artesanías, carcasas de móviles, tuercas de todos los calibres... ¡Hasta callos! ¡Callos de los pies! En una concurrida callejuela en uno de los flancos de la Catedral un tipo se promocionaba con el siguiente cartel: “Se quitan callos”. Y como prueba de su pericia, allá, sobre una mesita, mostraba una antología de sus mejores intervenciones: una docena de enormes callos, duros como piedras. Al verlos he sentido por primera vez que Moctezuma se revolvía con rencor en mi estómago.

Algo más adelante, frente a las ruinas de Tenochtitlan, hemos pasado un rato divertido viendo como un sacerdote azteca purificaba a La Niña. Le ha hecho extender los brazos en cruz y ha agitado ante ella un pebetero con nopal quemado, que olía de maravilla. Cuando ha terminado La Niña ha dicho que se sentía mucho mejor, “como más ligera y relajada”, pero su inocencia está empezando a corromperse, porque cuando un rato después hemos vuelto a pasar por el mismo lugar y ha visto al sacerdote desprendiéndose de sus abalorios, su taparrabos y las plumas multicolor para enfundarse una camiseta con la leyenda “Nike”, La Niña le ha pedido que le devuelva sus cincuenta pesos, porque se sentía estafada.

Y así, callejeando, hemos pasado la tarde. Después hemos regresado al “cuartel general”, hemos cenado algo —“sin picante, por favor”, le hemos recalcado al camarero— y mientras los demás se quedaban tomando unas cervezas Ramón y yo hemos subido a la habitación. Estamos rendidos. Ramón ha caído redondo mientras yo estaba en el baño. Eso, o que ni siquiera conmigo tiene demasiadas ganas de hablar. Lo único que le ha dado tiempo a decirme ha sido:

—Y todos esos “compas” ¿quiénes son? Lo mismo son orejas, espías del gobierno. ¿Tú conoces a alguno del grupo que sepa de dónde ha salido el tal Andrés?

—La verdad es que no —he reconocido, pero no le he dado mayor importancia.

Me imagino que los “compas” son en realidad gente del Frente Zapatista. No quiero darle más vueltas. Estoy agotada y mañana que-



Lunes, 4 de abril, 22:00, Hotel Isabel la Católica, México DF.

Nosotros somos lo que somos y venimos a lo que venimos, pero hoy nos hemos convertido en turistas de la peor ralea. Incluso nos han estafado.

La excursión ha comenzado con, lo que me temo que va a ser habitual, una hora de retraso.

—Existe la hora del reloj y la hora confederal, que es siempre una hora más tarde de la de la cita —me ha explicado resignado Luis, el secretario de finanzas, el único que se encontraba a las ocho de la mañana, curándose la resaca con una “michelada”, en la recepción del hotel. Enseguida han llegado Charo y José, la pareja de periodistas treintañeros.

Charo me ha explicado que ellos son “amateur”, que simplemente hacen reportajes para la revista de su organización. En realidad José tiene una pequeña empresa de albañilería y ella es dependiente en una tienda de ropa.

—Bueno, más o menos como yo —le he dicho—. Lo de “Insurgencias” y otras publicaciones es pura militancia. Mi trabajo (el trabajo que me da de comer, quiero decir) es para la revista de una caja de ahorros, ya sabes, promociones sobre hipotecas, préstamos...

La verdad es que, ahora que lo pienso, el nuestro es un grupo de anarquistas bastante peculiar, pues la mayoría de nosotros trabajamos para bancos.

Poco a poco han ido llegando los demás. La última, La Niña, que ha aparecido en un taxi acompañada del “compa” Andrés, el bello Andrés, lo cual ha provocado una mirada cómplice entre Charo y yo —y otra menos amable de Juan, uno de los dos muchachos andaluces, no sé si el fontanero o el electricista, que desde que salimos de Madrid anda flirteando con La Niña—. Sospecho que Charo y yo vamos a fundar pronto la comisión de chascarrillos en este viaje, aunque todavía no me siento con confianza para proponérselo.

Para desplazarnos hemos contratado los servicios de Benito Villagran, alias “Pura Vida” —esa era la forma en que saluda a todo el que se le cruza—, un conductor buscavidas que hace guardia en la puerta

del Hotel Isabel La Católica para llevar turistas al aeropuerto, organizar excursiones, etc. En principio nuestro itinerario era Teotihuacan y Xochimilco —en realidad yo sólo tenía una vaga idea de qué eran ambos lugares: las pirámides aztecas y algunos de los canales que todavía sobrevivían del gran lago sobre el que se edificó la ciudad de México—, pero a Benito no ha habido forma de quitarle de la cabeza la idea de que antes no podíamos perdernos una visita a la basílica de Guadalupe.

—La virgen de Guadalupe es una virgen de piel oscura, que se apareció a un campesino, Juan Diego, quien se convertiría después en el primer santo indígena —ha explicado Benito—. Es un símbolo nacional —ha añadido después y yo he pensado que tal vez alguien debería explicarle a Benito que todas esas vírgenes de piel oscura, son en realidad vírgenes sucias, ennegrecidas por la roña de la historia.

—Símbolo nacional, menuda paradoja —ha sido, sin embargo, todo lo que alguien se ha atrevido a murmurar, sin duda pensando que nosotros estábamos allá en México para apoyar la lucha de los indígenas, marginados durante siglos en su propio país.

Por lo demás hemos sido respetuosos con Benito Pura Vida, y nos hemos reservado nuestra opinión sobre la basílica, que se asemeja a un gigantesco McDonalds, con su enigmático emblema en lo más alto de la cúpula, tan parecido al de la multinacional americana; tampoco hemos opinado sobre la fe de algunos creyentes, una fe ciega y, si continuaban reafirmandose en ella de esa manera, también coja, tullida, aborta, pues muchos de ellos peregrinaban en dirección a Guadalupe arrastrándose sobre sí mismos, descalzos... He visto, por ejemplo, a una joven mujer embarazada avanzando de rodillas y estoy casi convencida de que hacía aquel sacrificio horrible para que la virgen intercediera por la salud de su pequeño bebé. Todo, las campanas repicando, las charangas tristes y desafinadas y sobre todo la fila interminable de penitentes, que se alargaba durante varios kilómetros, me recordaba a aquel cuento terrible de Juan Rulfo, Talpa, en el que una pareja de amantes hacen peregrinar a un moribundo (el marido de ella, el hermano de él) para que reviente en el camino bajo el sol abrasador y lo envuelva el polvo para siempre.

—¿Esta multitud viene por lo del Papa, Benito? —ha preguntado Pedro cuando hemos visto una gran estatua dorada de Juan Pablo II en uno de los flancos de la iglesia. Pedro, por cierto, hoy llevaba una camiseta nada católica, de un colectivo homosexual que promulga la apostasía.

—No, pues. Todos los días viene gente. Se organizan peregrinaciones en los trabajos, los colegios... Es así siempre.

Desde Guadalupe nos hemos dirigido a las pirámides de Teotihuacan, por Insurgentes, la gran avenida que recorre de Norte a Sur el DF, y que mide 50 kilómetros. Benito conducía a toda velocidad, saltándose los semáforos. La imprudencia aquí, dicen, es parar en ellos.

—Miren lo de Mariana Levy, la actriz esa de las telenovelas. Hace unos días unos cuates armados fueron a por ella en un cruce. No pegaron ni un tiro, pero la pobre se murió del susto. Además, todo esto está lleno de paracaidistas —ha explicado, señalando por la ventanilla.

Hemos visto cómo a ambos lados de la carretera se levantaban colinas (decenas de colinas, siempre una tras la anterior, elevándose hasta perderse entre la bruma sanguinolenta) completamente cubiertas por casas de bloque y chabolas, entre las cuales se abrían caminos pedregosos, como cicatrices en la piel de la ciudad, de esa otra ciudad invisible que no aparece en las guías turísticas. Auténticos hormigueros humanos, superpoblados por los llamados paracaidistas. Así es como se refieren a las legiones de personas que llegan al DF en busca de una oportunidad y que se instalan allá donde caen, o donde les dejan caer, completamente alejados del ombligo del mundo, con su cordón umbilical roto y enrollado al cuello. Pobres gentes que tal vez nunca saldrán de esas colonias, ni llegarán a pisar el Palacio Nacional, a reconocerse en el mural de Diego Rivera, entre todas esas otras generaciones de mexicanos asesinados, enterrados en vida.

Un silencio se ha apoderado de todos nosotros al recorrer todas esas barriadas. Un sentimiento en el que he reconocido cierta culpabilidad. Nos sentimos culpables de nuestros privilegios, de no ser una de esas cien mil personas que mueren cada día de hambre; culpables de disponer en nuestras casas de agua corriente y electricidad, culpables de haber sobrevolado

un océano para plantarnos en el Zócalo mientras el 60% de los habitantes del DF —según un estudio de la Universidad Autónoma de México— desconoce siquiera la existencia de éste... Y he reconocido también, por otra parte, todo lo contrario: el terror, ese terror que yo misma experimenté las primeras veces que me encontré con la pobreza de frente, en las barriadas de *squatters* de Manila, o en La Habana de principios de los 90, ese terror que removió con un temblor todo mi concepto de la solidaridad, porque era el terror a ser uno de ellos, a ser pobre y desesperada, capaz de disparar a una actriz en un semáforo para robarle los pendientes.

Pronto, sin embargo, hemos llegado a un lugar que volviera a colocarnos en nuestro mundo. Benito ha detenido su furgoneta en una especie de hacienda, descaradamente preparada para turistas. Ha salido a recibirnos una muchacha con trenzas, vestida con una falda blanca de volantes, que nos ha conducido, sin preguntar nada —y a la que hemos seguido como corderitos— ante una gran planta, gruesa y carnosa, que se alzaba frente a la puerta.

—Esto es un maguey. El árbol de las maravillas —ha explicado, no sin razón, pues el prodigioso maguey es una versión vegetal del cerdo, del cual todo se aprovecha: sus pencas proporcionan resistentes fibras para manufacturar los famosos huipiles o mantas (como la tilma, la capa que llevaba puesta Juan Diego cuando se le apareció la Virgen de Guadalupe y en la que quedó grabada el rostro de ésta); sus resistentes tallos, que a veces alcanzan los tres metros de altura, se usan como vigas; sus espinas como agujas; del maguey se obtiene también miel y forraje, incluso un combustible no contaminante; y remedios contra la gastritis, las inflamaciones, enfermedades cutáneas; pero sobre todo con el maguey se fabrican bebidas alcohólicas como el mezcal, el pulque o el tequila (y por eso sea tal vez el auténtico símbolo nacional; de hecho hay quien dice que el nombre del país, México, tiene su etimología en el nombre en lengua nahualt de esta planta). De sus bondades hemos podido dar buena cuenta apenas la muchacha nos ha hecho pasar a la hacienda, pues allá nos han servido varios vasitos de pulque y tequila, con el acostumbrado ritual, la sal, el limón, y antes de trasegarlos unas rimas que aluden a sus supuestas propiedades afrodisíacas (del tipo “arriba, abajo, y que se me ponga duro el carajo”,

cuando lo tomaban los chicos, o cuando lo hacíamos nosotras “que con la savia de estas hierbas se me abran las piernas”), todo ello por supuesto antes de pasar convenientemente estimulados a la tienda de artesanías.

Al salir todavía nos han convidado a machacarnos algún vasito más:

—Tómenselo sin miedo, les hará falta para subir a las pirámides.

Supongo que se referían al pulque, que es una bebida ritual, a menos que pretendan que la forma más apropiada para subir las pirámides sea haciendo esos.

Las pirámides de Teotihuacan, a donde hemos llegado sólo unos minutos después, desde luego resultan impresionantes. En su día fueron un lugar ceremonial comparable en importancia a Jerusalén o La Meca. La ciudad de los dioses, el lugar desde el que estos crearon un universo que tal vez imaginaron a semejanza de Teotihuacan, perfectamente dispuesto, en una geometría exacta con el cosmos y los fenómenos de la naturaleza: la lluvia, el viento, la luna... La llamada pirámide del sol, por ejemplo, hace coincidir a este en el cenit de la pirámide algunos días del año, y yo no sé si el de hoy ha sido uno de ellos, pues mientras subíamos los escalones —algunos de los cuales parecen desfiladeros, al igual que las aceras del DF, algo totalmente incongruente con la estatura de los aztecas de ayer y hoy—, yo sentía que nos dirigíamos directos al corazón incandescente del astro rey.

En Teotihuacan, de hecho, hay una unidad médica permanente, para atender los desfallecimientos por golpes de calor, las hemorragias por culpa de la altitud... Quizás ese fue el error de los dioses aztecas, que imaginaron la tierra tan cerca del sol que les salió chamuscada, renegrida, desangrada cada poco tiempo.

Mientras descendíamos de la pirámide nos hemos cruzado con un señor acompañado de su hijo pequeño, de unos 7 u 8 años, que al oírnos hablar ha ilustrado al niño con una lección de historia y otra magistral de pedagogía:

—Mira, estos señores son españoles. Sus abuelos vinieron aquí a matar a los nuestros.

Soy incapaz de describir la cara con que el niño nos ha mirado, como si se le hubiera aparecido el sacramantecas.

El comentario, que el señor ha hecho sin ningún disimulo, ha provocado entre algunos del grupo risas, pero también hay quien se ha sentido molesto.

—Oiga, que mis abuelos nunca salieron de España, se quedaron allá, muertos de hambre y de asco —le ha contestado Raúl, uno de los muchachos andaluces, no sé si el electricista o el fontanero.

Ramón, sin embargo, que no estaba presente cuando ha sucedido, al contárselo, me ha dicho:

—Pues para mí tiene toda la razón ese señor.

Por la noche Ramón y yo hemos discutido a cuenta de ello, y también sobre otro tema espinoso que ha surgido durante la comida.

Una vez que hemos abandonado Teotihuacan Benito Pura Vida ha dicho que hasta Xochimilco había casi dos horas de camino, y que tal vez convenía comer algo antes de partir. En su opinión el lugar más recomendable, por no decir el único, era la hacienda de pega en la que hemos parado por la mañana. Hemos accedido de mala gana, como si adivináramos lo que nos esperaba: un grupo de mariachis decadentes perpetrando “Si Adelita se fuera con otro”, un poncho mugriento, un sombrero mexicano y un rifle descargado para sacarse fotografías, etc.

El caso es que mientras nos sentábamos Ramón ha ido al baño, y al volver el único sitio libre era el que quedaba entre Luis y los dos muchachos andaluces. Un lugar nada apropiado para él, puesto que tanto los unos como el otro, son los más bromistas del grupo y Ramón no destaca, al menos en público y menos en este viaje, por su alegría. Por un lado, he sentido preocupación, porque sabía que Ramón no se iba a sentir cómodo, pero por otro he experimentado una especie de alivio y hasta de satisfacción malévolamente. Me cansa tener que estar siempre pendiente de Ramón, como si fuera un niño.

—Joder, Ramón, calla un poco, que llevas toda la mañana hablando —ha saltado Luis, mientras esperábamos a que nos sirvieran.

Ramón ha encajado el golpe con deportividad, cubriéndose con una sonrisa y aguantando duro, sin dejar escapar un mísero bufido, pero no ha podido evitar ruborizarse.

—Ramón es uno de esos vascos de pocas palabras —ha salido en su defensa Pedro.

—Pero si Ramón no es vasco, es navarro —ha vuelto a la carga Luis. Y ahí le ha dado en el punto flaco.

—Vale, ahora voy a ser lo que tú digas —ha hablado por fin.

Nada más.

Por un momento se ha creado un molesto silencio, pero enseguida ha vuelto el camarero con una botella de tequila de la cual nos ha servido aparatosamente un chupito a cada uno, golpeando el vaso contra la mesa y balanceando nuestras cabezas, y de ese modo la tensión se ha evaporado. Y es curioso, después de la comida, al subir a la furgoneta, Ramón, en uno de esos gestos tan absurdamente masculinos —los hombres son unas criaturas algo raras—, se ha sentado junto a Luis, en la parte de atrás, y de camino a Xochimilco he escuchado cómo ambos reían varias veces. Como si trataran de demostrarse que no se guardaban rencor.

Hemos tardado sólo hora y media en llegar a los canales, en lugar de las dos que había pronosticado Benito. Ha recorrido la Avenida Insurgentes como si se tratara de un circuito de Fórmula 1, sin detenerse en ningún semáforo. Según su peculiar punto de vista su conducción temeraria es una cuestión de seguridad, pero yo no he visto a ningún pistolero en los cruces y creo que a Benito simplemente le gusta conducir deprisa, impresionar a sus clientes. Los hombres, ciertamente, son unas criaturas rarísimas.

Xochimilco es uno de los pocos restos que quedan del lago Texcoco, sobre el cual se edificó Tenochtitlan. 180 kilómetros de canales surcados por coloridas barcas llamadas trajineras, que conduce una especie de gondolero autóctono. Hemos pagado cien pesos cada uno de nosotros por subir a una de ellas. Nos ha parecido algo excesivo, pero estábamos ya cansados y nos hemos dejado llevar por la corriente. El paseo ha resultado agradable. Xochimilco es un gran jardín flotante, al que los mexicanos acuden a pasar tranquilamente las tardes. Se suben a las barcas y meriendan en ellas, contratan a grupos de mariachis que navegan por lo canales en otras barcas (50 pesos la canción), decoran las orillas con

muñecas degolladas y otros muñones de plástico desmembrados que cuelgan de las ramas de los árboles y los juncos... Esto último no lo he entendido muy bien, supongo que tendrá algo que ver con esa atracción fatal que los mexicanos sienten por la muerte. Tampoco he entendido al principio porque desde muchas de las barcas que se cruzaban con nosotros nos saludaban con silbidos y piropos que prefiero no reproducir en este cuaderno de viaje, pero después, al desembarcar, me he dado cuenta de que nuestra trajinera estaba bautizada con el nombre de “La güera cachonda”.

Luego, en el taxi, Benito ha explicado la procedencia de los muñones de plástico colgados en los árboles y juncos de las orillas. Al parecer, antes de ser declarados Patrimonio Nacional, los canales de Xochimilco estaban cubiertos de escombros y basura, y cuando los ingenieros los drenaron para recuperarlos emergió misteriosamente todo un cementerio de muñecas, cuyas piezas descoyuntadas se ocupó de rescatar un tal Julián Santana, que vivía junto a uno de esos canales y que comenzó a decorarlos de esa macabra manera.

La visita a Xochimilco ha sido, en definitiva, instructiva y relajante y hemos vuelto al hotel, ya de noche, relativamente descansados.

Carlos, “el general”, nos esperaba en la recepción, siempre pegado al teléfono y a su lista de contactos.

—¿Qué tal, cómo ha ido la excursión? —ha preguntado.

Le hemos relatado nuestras andanzas y cuando hemos llegado al punto en el que soltábamos cien pesos por cabeza al gondolero, Carlos se ha reído con su voz de trueno nicotinado:

—Os han timado. Vale treinta, y lo pone bien claro al entrar. Pero bueno, no os preocupéis, que eso de ir de turista panoli se va a acabar. A partir de mañana empieza la marcha. Por la tarde he concertado una cita en el Frente Zapatista con Javier Elorriaga—ha dicho, y por lo bajo ha añadido confidencialmente—: El “alter ego” del Sup Marcos.

Me da algo de vergüenza reconocerlo, pero al oír ese nombre, Marcos, he sentido todo aquel ímpetu y la pureza de los quince años, cuando el Ché Guevara miraba al horizonte desde el póster de la pared de mi cuarto. Un fulgor revolucionario que Ramón se ha encargado de

extinguir una vez en la habitación, cuando yo misma, en un impulso solidario, le he recordado el comentario de Luis en la comida.

—Ese Luis es un bocazas —he dicho.

—Bueno, no importa, es lo de siempre —ha contestado él, y a continuación ha venido toda su retahíla, todas sus lamentaciones nacionalistas, porque aunque Ramón siempre dice que él no lo es, y mucho menos *abertzale* —“*abertzale* quiere decir patriota y yo soy un ácrata” suele repetirme—, ese es su punto débil y se revuelve como un animal herido cuando sale el tema. Y entonces comienza con lo duro que es ser vasco en Madrid, que si cuando no te tratan directamente de terrorista, te saltan con aquello de “qué bien se come en Euskadi, y qué bonito es”...

—Pero los peores sois vosotros, los rojos —viene a continuación—. Para vosotros la autodeterminación está muy bien si hablamos de Palestina, o del Tíbet, pero cuando os toca en casa os echáis a temblar.

—Es como hoy —ha añadido esta vez a su repertorio—. Ese señor que ha dicho eso de los abuelos. Tenía toda la razón. Cuesta reconocerlo porque somos parte del problema, pero tenía toda la razón. Nuestros abuelos vinieron aquí a cargarse a los suyos.

Me saca de quicio cuando se pone así. Tal vez porque, quién sabe, puede que lleve su parte de razón. Qué más da. El caso es que esta noche tampoco me ha acariciado la espalda antes de dormirse. Por lo menos, eso sí, me ha dado las buenas noches con mucha gracia.

—Pura vida —ha dicho.

—Pura vida. Hasta mañana —le he contestado yo.



REGENERACIÓN
EL AHUIZOTE
EL HIJO DEL

PARA LA LUCHA ACTIVIDAD ACTIVIDAD ACTIVIDAD
ACTIVIDAD ES LO QUE DEMANDA EL MOMENTO

LIBER

KAMPAMENTO
CIVIL POR LA PAZ

Martes, 5 de abril, 20:50, autobús entre México DF y San Cristóbal de las Casas.

La marcha ya ha comenzado. Sólo faltan unas horas para que lleguemos a San Cristóbal de las Casas y tras hacer noche allí nos dirigiremos a las comunidades zapatistas, primero al caracol de La Garrucha y después a La Culebra. Siento una emoción especial al pensar en ello. Estar aquí es para mí un sueño, tal vez el último sueño que quede en pie entre los escombros de las revoluciones en que me he cobijado de este mundo despiadado desde que soy una adolescente, desde que pegué aquel póster del Ché en la pared de mi cuarto.

Hace ya varios años, en 1994, cuando muchos de nosotros creíamos todo perdido, el alzamiento zapatista se nos reveló de repente como el principio de la revolución más definitiva de la historia, una revolución que como siempre habíamos imaginado provendría de los más olvidados y necesitados de la tierra, cuando «El Primer Mundo» les despojara absolutamente de todo. Una revolución que además era nuestra revolución, porque a la vez que recibía el apoyo de infinidad de personas y organizaciones, les devolvía a éstos una renovación constante en sus formas de lucha (una nueva estética, un nuevo lenguaje) y se extendía de ese modo por todo el mundo, permitiéndonos soñar de nuevo con cambiarlo.

Fue eso lo que a mí me atrajo del zapatismo, su parte aparentemente más superficial, la más romántica, porque yo en realidad, tengo que reconocerlo, no soy una experta en el tema, no he profundizado en él, en sus aspectos más políticos ni en su evolución, o tal vez he preferido no hacerlo y quedarme en esa piel limpia y tersa del movimiento, en el lenguaje poético de los comunicados de Marcos, en sus ojos verdes tras el pasamontañas, en los colores del mural de Taniperla... Ese mural que, sin embargo, no lo olvidemos, estaba pintado sobre la pared de la casa municipal de una comunidad autónoma y en rebeldía.

Y ahora estoy aquí. A punto de conocer de cerca un municipio zapatista, de conocer a esos hombres y mujeres que en ellos resisten y a los cuales admiro, porque, aunque eran los hombres y mujeres más olvidados de la tierra, los más necesitados, a los que habíamos despojado de

todo, han sido capaces de hacer lo que nosotros, los libertarios, siempre hemos anhelado: rebelarse ante la injusticia, romper con la autoridad y, en suma, vivir o al menos intentar vivir como ellos decidan. Y todo eso porque seguramente no tienen nada que perder. Ni siquiera la vida. Porque seguramente, como ellos dicen, a veces hay que morir para poder vivir.

Siento, pues, una emoción especial, pero tampoco puedo sacudirme el miedo cada vez que pasamos junto a un control militar. Todavía quedan muchos kilómetros hasta San Cristóbal de las Casas y la situación ha cambiado en estos últimos años: la presión militar se ha reducido y las comunidades reciben un tipo de hostigamiento más sutil, a través de provocaciones de civiles, de priístas (simpatizantes del PRI) y en casos aislados de paramilitares. Pero eso no me tranquiliza.

Hasta el momento, de todos modos, no nos han parado. Si lo hacen Carlos, “el general”, ha dado la consigna de que nos identifiquemos como turistas, una consigna que me temo no va a ser de mucha utilidad si ven las camisetas que portamos la mitad de la expedición, compradas ayer en el Frente Zapatista; o lo que es peor —porque a fin de cuentas llevar una camiseta reivindicativa no es ningún delito, se puede llevar incluso para atender la ventanilla de grandes clientes de un banco— si les da por registrar el maletero y abren todos los paquetes destinados a las comunidades con que los “compas” del Frente Zapatista nos han cargado y que ni nosotros mismos sabemos qué contienen.

Lo de identificarse como turistas no deja de tener su gracia después de la discusión que ha habido en el grupo hace un par de horas, antes de coger el autobús (perdón, de “agarrar” el autobús; ya he tenido varios malentendidos utilizando este verbo, coger, que para nosotros es un estupendo comodín pero para los mexicanos tiene un significado único y que es, con perdón, joder).

La verdad es que en el autobús el ambiente está cargado, y no sólo por culpa de las respiraciones enturbiadas por el alcohol y el tabaco de quienes nos emborrachamos inmisericordemente ayer por la noche en la plaza Garibaldi (yo, por cierto, he vuelto a caer, no he podido

evitarlo y he vuelto a fumar, asediada por esta caterva de obstinados bocanegras).

El día de ayer ciertamente, fue muy extraño, algo esquizofrénico.

Por la mañana estuvimos paseando por el mercado de Sonora, donde fuimos algo insolentes, pues no compramos nada, aunque en él se encuentra remedio para todos los males, tanto del cuerpo como del alma: hierbas, infusiones y otros brebajes contra la gastritis, la alopecia, la impotencia... pero también contra el mal de amores e incluso algunas inquietantes pócimas “de la santa muerte”.

Al mediodía comimos en la Casa de los Azulejos, en la calle Madero, un precioso palacio barroco, con su fachada cubierta por azulejos de color azul y en el interior un patio de estilo mudéjar. La casa de los azulejos es hoy en día un “Sanborns”, la cadena de restaurantes más importante de Latinoamérica, pero a lo largo de los siglos ha sido escenario de acontecimientos históricos, terremotos y hasta crímenes... En su monumental escalera, por ejemplo, la misma en la que hoy se ve una obra de otro de los grandes muralistas mexicanos, José Clemente Orozco, titulada “Omnisciencia”, fue asesinado uno de los condes del Valle de Orizaba, los propietarios del palacio durante siglos, por no ceder la mano de su hija a un pretendiente. El asesino fue colgado de uno de los balcones de la casa. En otra ocasión, la calle de la Condesa, a la cual da una de las fachadas, presencié otra muestra de honor menos sangrienta pero igualmente absurda: dos nobles entraron a la vez por distintos extremos a la estrecha callejuela con sus carruajes y como ninguno de los dos podía pasar ni ninguno se rebajaba a darle paso al otro, permanecieron allá durante tres días y tres noches, hasta que hubo de intervenir el Virrey y ordenar que cada cual retrocediera por donde había llegado. Pero sin duda lo que más nos gustó a nosotros fue que en ese mismo lugar en que nosotros estábamos comiendo almorzarón un día Emiliano Zapata y Pancho Villa y, durante la marcha zapatista al DF de 1996, hicieron lo propio algunos de los comandantes del EZ.

Fue esa comida, por tanto, el preámbulo perfecto para la reunión a media tarde con el Frente Zapatista.

23:30 (*Tras un alto para un cigarrito*)

Para ir al Frente Zapatista desde la calle Madero tomamos un microbus (una combi o “pesero”, como los llaman aquí, supongo que porque en su día el precio del billete fue de un peso; algunos de estos “peseros”, por cierto, son toda una exposición itinerante de arte *kistch*; el nuestro en concreto se adornaba con unas cortinitas de terciopelo rojo en el cristal delantero, un altarcito con la Virgen de Guadalupe y un letrerito que rezaba así: “Para el vino y las mujeres trabajamos los choferes”).

La sede del Frente Zapatista se encontraba en Zapotecos, una tranquila calle de la Colonia Obrera. Es un edificio de dos pisos, con toda la fachada cubierta por un mural que representa un gran paliacate, el pañuelo que usan los campesinos en Chiapas y con el que los zapatistas suelen cubrirse el rostro. Fue verlo y ponernos a disparar fotos como locos. Sentí algo de vergüenza cuando observé cómo en la puerta del local algunos jóvenes nos observaban divertidos —supongo que como nosotros cuando vemos a esos grupos de jubilados japoneses— pero por otra parte lo encontré perfectamente comprensivo y hasta emotivo, pues para nosotros aquel lugar era un símbolo, una especie de santuario laico. Por eso mismo cuando entramos al edificio nos dirigimos de cabeza hasta la pequeña tienda en el piso de abajo, donde se amontonaban libros, discos, carteles, etc. El grupo entonces experimentó un arrebató de consumismo solidario y sólo nos pudieron sacar de allá media hora después, pertrechados con dos o tres camisetas por barba —y Pedro, tal vez porque la suya, su barba, le llega a medio pecho, con media docena—. Me acordé entonces de cuando éramos más jóvenes y oíamos hablar a nuestros hermanos mayores de los sandinistas y los veíamos hacer las mochilas en verano y volver de Nicaragua con los pañuelos rojos y negros y aquellas camisetas del Frente Sandinista...

Finalmente entró Carlos, nuestro general, y nos recordó que teníamos una reunión con Javier Elorriaga.

Elorriaga era un tipo delgado, con bigotito y gafas grandes. Iba vestido con una camiseta agujereada y de color blanco, en la que se veían manchas de la ceniza del purito que colgaba de su boca. Parecía,

en suma, un hombre despistado y anodino, una de esas personas a las que crees haber visto antes sin saber dónde ubicarla, detrás de una ventanilla de correos, por ejemplo, pero lo cierto es que, identificado como miembro del EZLN con el alias de subcomandante Vicente fue acusado, bajo el mandato del presidente Ernesto Zedillo, de terrorismo, conspiración y rebelión y condenado, tras una detención ilegal, a trece años de prisión, de los cuales cumplió algunos meses en el penal de Cerro Hueco. En palabras del Ejército Zapatista, Elorriaga fue el enlace de paz durante seis meses entre ellos y el gobierno mexicano. En palabras de los jueces que lo condenaron *“quedó evidenciado su carácter de manejo de prensa y propaganda en el EZLN, teniendo a su cargo la difusión de la ideología y la de sumar adeptos”*. En ocasiones a Elorriaga le habían llegado incluso a confundir con el propio Marcos, y lo cierto es que había puesto su rostro por él en algunas ocasiones (la más cercana, la presentación de una novela escrita a cuatro manos por el “Sup” y el escritor Paco Ignacio Taibo II). Elorriaga, en suma, era el rostro público y visible del movimiento zapatista, aunque a veces no se sabía si todavía llevaba puesto el paliacate o no.

Junto a Javier Elorriaga, en el primer piso, nos estaban esperando además media docena de jóvenes que parecían directamente llegados de la selva Lacandona, con el pelo largo, la tez curtida y barbas de guerrillero o gruesas trenzas, las chicas. Fueron ellos en realidad quienes hablaron. Elorriaga tomó al principio la palabra, presentando modestamente al Frente Zapatista.

—Nuestra organización es una cosa muy pequeñita, muy modesta, así que a veces cuando vienen grupos como el suyo desde tan lejos decimos: «La puta, qué les contamos».

Después mencionó algunos de los mandamientos —igualmente laicos— del zapatismo, todo aquello de “mandar obedeciendo”, y dijo que el objetivo del Frente Zapatista no era la toma del poder sino buscar nuevos modos de lucha, incluir a través del diálogo y la tolerancia a todos los mexicanos, hacer una transición real hacia una democracia verdadera, etc. No voy a volver a escribirlo aquí, sobre todo porque él lo contó mucho mejor, sin que sus palabras estuvieran revestidas de ese

tono plomizo del lenguaje político. Y ello a pesar de que en ocasiones Elorriaga parecía aburrido, como si estuviera cansado de contar la misma historia a personas como nosotros, a los que —tal vez piense— realmente lo único que les importa es llevarse una camiseta y una foto que pruebe ante sus hermanos pequeños que un día estuvieron allí.

Cuando acabó de hablar Elorriaga se sentó sobre una caja de cartón, en una esquinita, medio escondido y encendió otro de sus puritos que fumó con la cabeza entre las piernas, mientras sus compañeros tomaban la palabra. Parecía un hombre derrotado, atormentado y al verlo de ese modo me vinieron a la cabeza dos ideas. Una, que hay mujeres y hombres como él que creen llevar sobre sus espaldas todo el peso del mundo, todas las toneladas de dolor que este genera, y se sienten con la responsabilidad de liberarlo de él; eso es lo que les atormenta y les da el aspecto de vencidos, cuando en realidad son hombres y mujeres necesarios, las mujeres y los hombres que mueven el mundo. La segunda idea ha sido que algunos de esos gestos atormentados (la ceniza cayendo sobre su camiseta, el modo en que se atusaba el pelo, a ratos su ensimismamiento) me recordaban a Ramón.

Supongo que estoy enamorada de Ramón y que eso no me permite juzgarlo con objetividad, pero a veces —sobre todo me sucedía al principio de nuestra relación— siento por él admiración, lo considero una de esas personas necesarias. Me sucede sobre todo cuando lo veo pintar. Ramón, sin embargo, se empeña una y otra vez en demostrarme que es un hombre prescindible, pues sus opiniones, su manera de comportarse, lo alejan cada vez más de mí. Ayer, por ejemplo, cuando finalizó la charla y le pregunté qué le había parecido me contestó:

—Un rollo terrible. No han hablado más que de tonterías, utopías infantiles.

Lo cual me decepcionó, porque a mí por el contrario, lo que nos contaron los jóvenes del Frente Zapatista me pareció muy interesante. Más que por el contenido en sí, que, tal vez Ramón esté en lo cierto, sea algo idealista —pero ¿acaso no hay que apuntar lo más lejos posible para que todo avance aunque sea un poquito?—, por la manera en que lo exponían, con un aplomo y una tranquilidad pasmosa, intercalando bromas

que parecían intentar rebajar o disculpar su sólida formación ideológica, turnándose con una camaradería envidiable, que nada tenía que ver con las ruidosas asambleas de los colectivos en los que he militado en España, las cuales acaban siempre convertidas en una competición de egos en las que se impone la persona que de pequeño se tragó el altavoz más grande.

Frente a aquella generosidad y a esa fe revolucionaria nosotros nos mostramos tímidos, algo avergonzados cuando tocó el turno de presentarnos. Fue Carlos, “el general”, quien explicó para qué estábamos allá y al llegar al punto del mural presentó a Ramón y habló en su nombre, pues Ramón se puso colorado, rompió a sudar y fue incapaz de abrir la boca.

Por lo demás, respecto al discurso de los jóvenes del Frente, si yo lo entendí bien, se resumía en que ellos eran una especie de vanguardia que actuaba como nexo de unión entre las diferentes luchas del país (las de los braceros, los campesinos, los indígenas, los paracaidistas...), y que sin embargo no se colocaba a la cabeza de esas luchas, sino a su servicio, respetando sus métodos e ideologías. En cuanto a lo más inmediato su objetivo principal es el llamado «Plan La Realidad-Tijuana», que presenta una serie de demandas: tierra para quien la trabaje, trabajo, techo, sanidad para todos los mexicanos, etc.

Supongo que es a eso, a pesar de ser demandas muy elementales, a lo que Ramón se refería cuando hablaba de utopías, aunque también pienso que habló a través de la herida y que en parte su opinión sobre la charla estuvo determinada porque se sentía malhumorado, avergonzado por no haber sido capaz de presentarse a sí mismo. Con Ramón nunca se sabe. Por ejemplo, cuando terminó la reunión y bajamos de nuevo a la tienda a terminar de aplacar nuestros instintos consumistas, él se quedó en la pequeña cafetería, y al salir lo encontré jugando una animada partida de ajedrez con Javier Elorriaga. Como viejos camaradas. Como si existiera una internacional secreta de hombres atormentados que se reconocieran como hermanos entre ellos en cuanto se veían.

La partida terminó en tablas. Después, salimos a la calle y echamos a andar hacia el hotel.

S'NA YU'UN ATELETIC YU'UN COMONALETIC



Miércoles, 6 de abril. 4:50 de la madrugada. Autobús entre México DF y San Cristóbal de las Casas.

Era ya de noche ayer, antesdeayer ya, cuando abandonamos el local del Frente Zapatista. La noche era agradable y al día siguiente, hasta media tarde, en que cogeríamos (perdón, tomaríamos) el autobús para San Cristóbal no había nada que hacer, así que alguien propuso visitar esa noche la plaza Garibaldi. Me pareció una buena idea. Había oído con frecuencia hablar de ese lugar, de los mariachis que allá esperaban para ser contratados, de las prostitutas y las cantinas, de las descargas eléctricas a las que se sometían algunos de los que la frecuentaban para medir su hombría... No me sentía especialmente atraída por ese ambiente tan cargado de testosterona, pero pensé que tampoco podía irme del DF sin conocer un lugar tan característico como aquel. Me arrepentí casi al momento de mi decisión, pues quienes se animaron fueron los más jóvenes (La Niña y los dos muchachos andaluces) y Luis, por supuesto. Confié en que a Ramón no le apeteciera trasnochar, pero de repente se había vuelto extrañamente sociable y se mostró encantado de visitar Garibaldi.

Cenamos, pues, en el hotel y después estuvimos tomando cervezas en un bar próximo, en el que no había nadie, excepto dos o tres meseras con unas diminutas faldas y algunas parejas que bailaban al ritmo de un *jukebox*, una vieja máquina de discos en la que seleccionaban canciones de Chavela Vargas. De las cervezas pronto se pasó a los cubatas, y de estos al tequila. Yo bebía con precaución. Garibaldi era el lugar apropiado para borrachazos, pero no el mejor lugar para unos borrachuzos extranjeros y desarmados, según decían. Además me daba cuenta de cómo los ánimos de mis compañeros se iban exaltando juvenil y peligrosamente. Por un momento lamenté que Charo no estuviera allí, porque era evidente que Juan, el fontanero andaluz, estaba aprovechando la ausencia del bello Andrés (que había desaparecido misteriosamente, confundido con el resto de los “compas” en el Frente Zapatista) para hacer maniobras de aproximación hacia La Niña, quien por su parte, iba bajando la guardia con cada trago que engullía, y engullía muchos tragos. Raúl, el electricista (por fin había aprendido a distinguirlos), había encontrado la horma de su zapato

en Luis, a quien, aunque hacía ya muchos años, unos treinta, que había dejado atrás su adolescencia, todavía le hervían a flor de piel las hormonas y no dejaba de chequear con su mirada el pasaporte de las camareras. Y Ramón comenzaba a beber compulsivamente, como suele hacerlo en algunas ocasiones, cuando se siente acorralado y necesita desahogarse. No me siento cómoda a su lado en esas situaciones. No es que Ramón tenga un mal beber, al contrario, los demás suelen encontrarle muy divertido, pero eso es sólo por el contraste tan brutal con su personalidad radicalmente introvertida. Cuando Ramón se emborracha parece que se desinhibe mucho más que los demás. Y a mí no me gusta, porque siento que estoy, de ese modo también, junto a un extraño.

En cuanto a mí, consideraba que alguien debía permanecer mínimamente serena, pero lo cierto era que esa noche después de dos meses sin fumar volví a hacerlo, y eso era un indicio de que también comenzaba a perder el control. No me lo explicaba, pues sólo había tomado dos “Coronitas”, pero hoy, en el autobús, Andrés me ha dicho que en el DF la altitud multiplica el efecto del alcohol.

Tomamos algunas rondas más en aquel bar, hasta que una camarera nos dijo que iban a cerrar.

—Queremos ir a Garibaldi ¿Qué nos recomienda? —le preguntamos.

—Si quieren bailar, Tropicana está rechulo —dijo.

—¿Y por qué no te vienes con nosotros, guapa? —le preguntó Luis, que había estado tonteando toda la noche con ella.

El pasaporte de la camarera, sin embargo, no tenía validez para ese viaje.

—¿Igual porque llevo doce horas sirviendo mesas con estos tacones, corazón? — contestó, sin perder la sonrisa.

Después nos acompañó a la salida. Habían echado la persiana y abandonamos el bar a través de una pequeña puerta en ella. Como auténticos calaveras. En la calle no se veía un alma, pero nosotros nos sentíamos flotar, igual que si hubiéramos tomado todo aquel alcohol en la cima del Everest. Llegamos hasta una parada de taxis. El primero de la fila hablaba animadamente con un agente de alguno de los doce cuerpos de policía del DF, a ninguno de los cuales las guías para viajeros recomendaban recurrir si se

tenía algún problema. Normalmente los problemas, además, solían ser los taxistas, a los que esas mismas guías pintaban como una especie de modernos corsarios que desvalijaban a los turistas. Pero, envalentonados por el alcohol, tentamos a la suerte. Y el resultado fue de lo más surrealista.

—A los seis no les puedo llevar —dijo el taxista.

—¿Por qué no? Ándele, monten —ordenó el policía.

Es decir, fue el propio agente de la ley el que obligó al taxista a incumplirla.

Nos encaminamos hacia Garibaldi, pues, sin mayor problema, excepto las apreturas dentro del taxi, que en realidad para algunos, como La Niña o Juan, distaban mucho de ser un problema.

Ya dos o tres cuadras antes de llegar a la Plaza comenzaron a verse las primeras avanzadillas de mariachis. Vestidos de negro, con la camisa blanca de chorreras asomando espectralmente bajo la taleguilla, como una rayo de luna en mitad de la noche, bajaban de la acera a la carretera e intentaban que los coches que pasaban les contrataran, acercándose peligrosamente a ellos y viéndose obligados en ocasiones a hacerles arriesgados quiebros.

—Hay unos 1800 mariachis censados en Garibaldi —nos explicó el taxista—. Y además 800 mariachis piratas. Algunos en realidad ni siquiera son mariachis, sino ladrones. A veces los conductores los contratan, les llevan a sus casas para una fiesta y allá es donde los desvalijan. Así que, tengan cuidado ahí fuera —se despidió, cuando nos apeamos en la plaza.

Un auténtico ejército de músicos esperaba en la parte más próxima a la Avenida San Juan de Letran, por la que habíamos llegado. Sentados en las escalinatas, fumaban cigarrillos, limpiaban sus instrumentos o los afinaban, en lo que se convertía en un concierto loco, con gorgoritos de trompetas, pellizcos en las cuerdas de sus violines... También en una imagen menos romántica varios de ellos hablaban por el móvil, o se apostaban en lujosos monovolúmenes... Dentro de uno de ellos vi a un grupito que se repartía unas rayas de cocaína alineadas sobre la panza de un guitarrón. Era, en fin, como entrar a una fiesta por la puerta de atrás.

Encontramos pronto el Tropicana. Bajamos a él por unas escaleras mágicas, una especie de máquina del tiempo o del espacio, que nos teletransportó repentinamente a Benidorm: suelos enmoquetados, mesitas con lámparas rojas y en el centro una pista de baile, con el suelo resplandeciente, sobre el cual bailaban algunas parejas de sesentones.

No era aquello lo que esperábamos encontrar en la temible Garibaldi, pero decidimos quedarnos, más que nada porque alguien se precipitó y pidió una botella de ron y coca-cola (me alivió saber que no era la única que de vez en cuando pecaba con ella). Mientras nos servían me fui al baño. La Niña vino conmigo.

Sobre la repisa del lavabo descubrimos un auténtico arsenal de maquillaje. La máquina del tiempo seguía funcionando. De repente me encontré pintándome los labios, haciéndome la raya del ojo, rizándome las pestañas, todo ello mientras La Niña me preguntaba qué le parecía Juan y yo le contestaba “Es mono”, o me confesaba que estaba preocupada porque no había llamado a Carlos, “el general”, para avisar de que llegaría tarde...

Me parecía que la visita al Frente Zapatista quedaba a años luz.

Después, al salir del baño, mis recuerdos comienzan a chapotear en tequila y ron.

Recuerdo, por ejemplo, a Luis enviando un ramo de flores a una mesita de octogenarias.

Y a Raúl, el electricista, bailando en la pista, junto a una curiosa pareja, a la que apodamos “El Calambres” y “La Chispitas”. “El Calambres”, un hombrecillo de unos setenta años, de piel arrugada y pelo grasiento, bailaba de la forma más extraña que jamás había visto, como sacudido por repentinos espasmos, con cada uno de los cuales cerraba placenteramente los ojos, como si se tratara de pequeños orgasmos que le abstraían de todo. “La Chispitas” aprovechaba entonces para arrimarse a Raúl, quien finalmente hubo de replegarse asustado hasta la mesita en la que nos habíamos acomodado, cuando comprendió que la señora no acudía a él para que reparase los cortocircuitos de su marido (lo comprendió concretamente cuando ella se le lanzó

al cuello tan evidentemente borracha que se le desencajó la dentadura postiza).

Recuerdo a La Niña cruzando todo el salón de baile con una bandeja con una botella de tequila, mientras camareros con pajarita corrían tras ella, y a Juan, el fontanero, bebiendo su vaso después de verter la sal en sus clavículas —en las de La Niña— y chupando éstas como si tratara de desatascarle el corazón.

Recuerdo a un octogenario acercándose tambaleante a nuestra mesa y retando a Luis a medir a puñetazos su hombría —su hombría herida; probablemente era el marido de la mujer a la que Luis había enviado las flores—.

Y recuerdo sobre todo a Ramón saltando como un resorte desde la mesa y marcándose un acrobático rocanrol en la pista, deslizándose de rodillas sobre esta, cruzando las rodillas, y a todos los demás muertos de risa, fotografiando aquel momento como si se tratara del deshielo de un glaciar.

Me cuesta más reconstruir cómo fue el viaje de vuelta hasta el hotel. Creo que a bordo de uno de los monovolúmenes de una cuadrilla de mariachis a los que la noche no les había sido favorable y que habían reconvertido su vehículo en un “pesero” pirata. Tampoco estoy muy segura de cómo nos deshicimos de los policías que nos sorprendieron preparando unos cubatas junto al “Seven Eleven” en el que habíamos comprado las botellas y el hielo (beber en la calle en México es un delito). Creo que alguien subió a la habitación del hotel a por unas lonchas de jamón serrano. Pero no estoy segura. Todo flota en mi memoria como el humo de los cigarrillos, muchos, demasiados, que fumé ayer, que sigo fumando hoy, y cuyas figuras se desvanecen dejando un poso amargo. Y no sé por qué, pero hoy me siento culpable. No consigo hacer encajar dentro de mí lo sucedido en la Plaza Garibaldi con la reunión en el Frente Zapatista. Como si ambos fueran mundos opuestos, incompatibles.

Me he levantado además con una resaca horrible.

—Lo mejor es que te tomes una cerveza —me ha recomendado Luis, cuando esta tarde he bajado con la mochila a la recepción.

Nos habíamos citado a las seis allí para tomar el autobús, pero no hemos partido hacia San Cristóbal hasta pasadas las siete. Sólo unos pocos hemos sido puntuales: Luis, Carlos, Ramón y yo. Los demás se han acogido a la hora confederal.

—La que lió La Niña. Hemos pasado toda la noche en vela. No sé cómo no se le ocurrió llamar —ha dicho, visiblemente enfadado Carlos, “el general”, mientras esperábamos.

La Niña, recordemos, no dormía en el hotel, sino en casa de unos “compas”.

—Hombre, tienes razón, debía haber llamado, pero ya sabíais que estaba con nosotros —ha salido en su defensa Luis.

Yo he permanecido callada. De algún modo, tal vez porque me lo confesó en el baño del Tropicana, me sentía cómplice de la travesura.

—Con vosotros y en Garibaldi ¡Vaya!

—Pues no tuvimos ningún problema. Y además nos lo pasamos de puta madre. Y, que La Niña tiene ya 18 años, Carlos, coño.

Ha sido la primera vez en todo el viaje que he sentido simpatía por Luis. Pero ha sido sólo un momento, después él ha rememorado alguna de sus andanzas de la noche anterior, en su habitual tono machista, y ha vuelto a resultarme desagradable.

—Ayer me convertí en un gerontorasta, un follaviejas —ha dicho.

Y entonces el general ha aprovechado para retomar la discusión:

—Mira, Luis, yo sólo te voy a decir una cosa. A partir de ahora es mejor que vayas cambiando el “chip”. En las comunidades esos chistes no hacen gracia. Y también te recuerdo que allá está prohibido el alcohol.

—¿Prohibido? —ha repetido sorprendido Luis.

Como si esa palabra resultara sacrílega en boca de un anarquista.

—Lo han prohibido las mujeres.

—¿Por qué?

—Porque los hombres cuando bebían les caneaban. ¿Te parece una razón suficiente?

—Pero yo no voy a canear a nadie, tronco.

—Da igual. Que no se te ocurra llevarte nada, ni una botella, ni una petaca, nada. Debes ser respetuoso.

—Pues no sé qué modelo son esas comunidades para nosotros. Si parece que me estás hablando de una prisión militar —ha murmurado entre dientes Luis, mientras se retiraba hacia la barra a pedir otra “michelada”.

—Bueno, que cambies el chip —le ha reiterado Carlos, y después se ha dirigido al resto, que ya nos habíamos reunido prácticamente al completo—: Y va también para todos: a partir de ahora ya no somos unos turistas —ha dicho, aunque, al cabo de un par de horas nos pidiera que, si nos paraban los militares, nos comportáramos como tales.

Ahí se ha quedado todo. Aparentemente no ha sido nada grave, pero yo he observado cómo una fina grieta comenzaba a resquebrajar el grupo. No hay más que ver cómo estamos colocados en este autobús. Este autobús en el que ahora todos, menos el conductor —espero— duermen y en el que lentamente, muy lentamente, nos acercamos a San Cristóbal de las Casas, mientras ahí fuera comienza por fin a amanecer.

14.50. Hotel San Martín, San Cristóbal de las Casas

Finalmente han sido diecisiete horas de viaje. El último tramo de la carretera estaba cortada (se había caído un puente) y hemos tenido que retroceder y tomar otra que serpenteaba entre montañas y selva.

El paisaje se ha tornado entonces frondoso, a pesar de que estamos en los últimos meses de la estación seca. Las casas y aldeas, por el contrario, son aquí austeras, más humildes, construidas con unos pocos tablones, directamente sobre el piso. Es una de las injustas contradicciones del estado de Chiapas, el más pobre de México, a pesar de sus ricos recursos naturales. Chiapas, por ejemplo, genera el 30% de la luz eléctrica de México, sin embargo el 80% de los chiapanecos carece de ella.

Diecisiete horas de viaje dan para enterarse de muchas cosas.

Yo las he sobrellevado más o menos bien, porque aunque no he podido pegar ojo, me he pasado buena parte de ellas escribiendo, distraída, pero no lo suficiente para no darme cuenta de que el autobús poco a poco se iba convirtiendo en un microcosmos opresivo, en el que todo se magnificaba: los mosquitos se convertían en animales domésticos, el olor a calcetines sucios, en el aire que había que respirar, y la fina grieta que se había abierto en el grupo, en un precipicio.

Necesitábamos salir de él, salir del autobús para algo más que para orinar en letrinas de bares de carretera o para retirar el chile escondido entre los sándwich de pollo sin pollo que nos vendían en ellos. Salir, sobre todo, para llegar a este hotel y dejar de vernos las caras por unas horas.

El autobús me estaba comenzado a recordar a uno de esos *reality-shows* de la tele —lo confieso, a veces veo algunos mientras me tomo una Coca-Cola— con sus comentarios por la espalda, sus alianzas e intereses, las miserias que descubre la convivencia.

En la parte de atrás Luis, Raúl y Juan contaban chistes. Algunos de ellos sólo los entendíamos los que estuvimos en Garibaldi —El “rompemarcapasos”, le llamaban a Raúl, por ejemplo— y me daba cuenta de que eso incomodaba al resto.

Carlos, sentado en el otro extremo, tras el conductor, se interesaba sobre la situación de La Culebra, charlando con un joven doctor y dos maestras que solían pasar temporadas en las comunidades y viajaban con nosotros hasta allá. De vez en cuando, se levantaba y pasaba revista a la tropa, y aunque trataba de mostrarse conciliador, tampoco podía evitar soltar alguna puya al llegar a la parte de atrás.

—¿Cómo va el “zapatour”, borrachuzos? — decía, por ejemplo.

La Niña se movía sin parar de un extremo a otro del pasillo. Se sentaba junto a Andrés (que había reaparecido y también venía con nosotros), volvía a levantarse, fumaba un cigarrillo a medias con Juan, regresaba y pedía por enésima vez disculpas por su irresponsabilidad al general...

Charo ha compartido conmigo algunos kilómetros. La comisión de chascarrillos ha sido finalmente fundada en el paso fronterizo entre los estados de Puebla y Oaxaca. Le hemos sacado mucho jugo a ese triángulo Andrés-La Niña-Juan, pero no hemos hablado nada sobre nosotras mismas, a pesar de lo mío con Ramón y de que yo he observado que José, su compañero, se mostraba muy poco cariñoso con ella, más preocupado de sus fotos.

Pedro estaba sentado en el centro del autobús, equidistante. Llevaba una camiseta del PGB (Partido de la Gente del Bar) con el lema “Bebe y lucha”.

Ramón y yo, por último, también nos sentábamos en los asientos del centro, y a veces yo tenía la impresión de que esa fractura que comenzaba a fraguarse en la expedición se abría justo a nuestros pies. Él apenas se ha movido del asiento en todo el viaje. Ha vuelto a aislarse tras la explosiva demostración en la sala de baile ayer, aunque esta vez lo hacía para tomar apuntes en su libreta y dibujar bocetos del mural. He comenzado a notarlo irritable y ensimismado, como siempre que está a punto de pintar algo importante, pero al mismo tiempo no podía evitar que se le escapara alguna carcajada cuando Luis o Raúl contaban algún chiste o le llamaban Travolta. Su antena estaba orientada hacia la parte de atrás del autobús, mientras que yo trataba de sintonizar los comentarios que se emitían desde delante. Para mí Garibaldi es ya un borrón y cuenta nueva, una página pasada en este cuaderno de viaje. Ya nos hemos divertido y ahora toca ponerse seria. Ahora toca, en efecto, cambiar el “chip” y estar a lo que estamos.

Porque estamos, por fin, en San Cristóbal de las Casas.

17:45. Hotel San Martín, San Cristóbal de las Casas

Ramón se está duchando. Otra vez. Por la mañana, al llegar al hotel, después de la paliza del autobús, ni siquiera hemos hecho turnos y hemos entrado juntos al baño. Después nos hemos acostado y dormido un par de horas. ¿Se puede pedir algo más que agua caliente y un colchón después de diecisiete horas de viaje?

Al mediodía hemos comido unas quesadillas en un bar que hay enfrente y hemos vuelto a la habitación, porque dentro de un rato tenemos una cita en “Enlace Civil”, donde nos explicarán cómo funcionan los caracoles zapatistas y cómo debemos comportarnos en las comunidades.

Así que apenas hemos tenido tiempo de ver San Cristóbal de las Casas. El autobús nos ha dejado a unos trescientos metros del hotel y para llegar hasta él hemos tenido que atravesar el Parque Central, entre indígenas vestidas a la manera tradicional, mochileros y algún que otro militar. En la parte sur del pequeño zócalo he reconocido el Palacio de la Presidencia Municipal, el edificio desde cuya balconada

habló Marcos cuando el día de Año Nuevo de 1994 los zapatistas tomaron San Cristóbal de las Casas.

Y poco más.

La primera impresión, sin embargo, es la de una ciudad acogedora. Su aspecto me recuerda a Trinidad, en Cuba (donde fui brigadista algunos veranos, a principios de los 90), pero sin la decadencia de aquella.

San Cristóbal tiene esa elegancia calmosa de las ciudades coloniales que han visto sucederse en sus calles conquistas y revueltas, pero que saben que su personalidad permanece siempre, sobrevive tanto al esplendor como a la ruina.

Por lo poco que he visto, creo que San Cristóbal de las Casas me va a gustar, que es uno de esos lugares a los que una, pase lo que pase, termina siempre regresando.

23:55. Hotel San Martín, San Cristóbal de las Casas

Ramón y yo acabamos de hacer el amor. Ahora él duerme. Siempre me ha resultado inexplicable esa despreocupación de los hombres, el modo en que unas veces son capaces de separar su cuerpo y su mente (como ahora) y en que otras (como hace un rato) les resulta absolutamente imposible y su cuerpo y su mente permanecen firmemente soldados —a la altura de la entrepierna, por lo general—.

En cierto modo les envidio. Ahora a mí también me gustaría aprovechar esta última noche, gozar del colchón antes de los días que nos aguardan durmiendo en el suelo, tal y como nos han advertido, entre otras cosas, esta tarde en Enlace Civil.

No nos ha costado llegar a su oficina, pues se encuentra justo frente a la escalinata de la iglesia de Santo Domingo, sin duda uno de los edificios más conocidos de la ciudad, gracias a su espectacular fachada barroca. Aunque a mí, lo confieso, me tira más el arte popular, la artesanía, y lo que me ha deslumbrado realmente han sido los puestos de platería, de telas multicolor y joyas de ámbar que rodeaban el templo.

En Enlace Civil nos ha salido a recibir un muchacho de aspecto muy parecido a los que nos atendieron en el Frente Zapatista: barbita

descuidada, piel morena y unos ojos de guerrillero, negros e inquietos, que resultaba fácil imaginarse tras un pasamontañas

Nos ha hecho entrar al edificio y él mismo se ha encargado de asegurarse de que la puerta quedaba cerrada, tras asomarse un par de veces a la calle.

Le hemos esperado en un patio un tanto destartado, en el que se amontonaba y se oxidaba material quirúrgico, sillas de ruedas y otros envíos de organizaciones solidarias de todo el mundo.

—Perdonen el desorden. O mejor, tómenlo como un perfecto ejemplo práctico de cuál es nuestra función —ha dicho al llegar—. Enlace Civil es una organización que surgió a propuesta de las propias comunidades indígenas, con el objetivo de servir de puente a éstas y a la sociedad civil nacional e internacional —ha comenzado después a desplegar su retórica, expelida entre deliciosas volutas de humo.

—Somos un grupo multidisciplinar (educadores, ingenieros, etc.) y nos regimos por un principio básico: el respeto a las decisiones de las comunidades indígenas. Es decir, no somos nosotros los que ofrecemos proyectos a las comunidades, sino que atendemos las necesidades de éstas. Por ejemplo, las comunidades nunca nos habrían pedido estas sillas de ruedas porque ¿para qué valen en las pistas polvorientas o en las cañadas embarradas de la Selva Lacandona?

Después hemos pasado a una pequeña habitación. En las paredes había varios pósters, con lemas de apoyo a los zapatistas en diferentes idiomas. También un mapa amarillento, con varias chinchetas de colores:

—Representan los cinco caracoles zapatistas —ha explicado el muchacho, y luego los ha enumerado, haciendo un considerable esfuerzo mnemotécnico: —“Resistencia y rebeldía por la humanidad”, el de Oventik, “Torbellino de nuestras palabras”, el de Morelia, “El caracol que habla para todos”, el de Roberto Barrios, “Madre de los caracoles del mar de nuestros sueños”, el de La Realidad y “Resistencia hacia el nuevo amanecer”, el de La Garrucha, que es al que irán ustedes mañana. Bueno, eso si para entonces he acabado de contarles.

Así que luego, muy rápidamente, nos ha contado —tras salir de nuevo a cerciorarse de que la puerta estaba cerrada— que los caracoles son la

nueva estructura de autogobierno de las comunidades zapatistas, que se crearon en 2003 y que en ellas tienen su sede las Juntas del Buen Gobierno, formadas de manera rotativa por autoridades civiles de cada municipio autónomo (cada caracol puede comprender hasta treinta de ellos).

Los caracoles son, pues, una especie de centros administrativos civiles, donde se resuelven conflictos, se promueven la realización de proyectos y tareas comunitarias o se guía a la sociedad civil nacional e internacional en sus visitas. Nosotros, por ejemplo, antes de llegar a La Culebra tenemos que pasar necesariamente por La Garrucha, para exponer cuál es el motivo de nuestra visita o hacer entrega de los fondos para el hospital.

En cuanto a las recomendaciones sobre comportamiento no podemos hacer regalos, para no crear falsas expectativas ni establecer distinciones entre miembros de la comunidad; las mujeres podemos bañarnos en el río desnudas de cintura para arriba, pero debemos cubrirnos las piernas con un pareo; y es aconsejable que compremos la comida en las tiendas comunitarias, en lugar de en la de los priístas (La Culebra es una comunidad mixta, en la que conviven zapatistas y priístas).

—¿Y el alcohol? —ha hecho un último intento Luis.

—Está prohibido, lo mismo que las drogas. Si a alguien se le sorprende tomando será expulsado.

En lo referente a nuestra salud, no debemos olvidar las gotas para potabilizar el agua ni el repelente para insectos, aunque “ninguna de las dos cosas les va servir de mucho”, nos ha advertido nuestro anfitrión.

—Si no lo ha hecho ya seguramente Moctezuma se cobrará su venganza en La Culebra —ha vaticinado.

Por último, ha dicho que si nos paran los militares debemos decir que somos excursionistas y buscamos la cascada de Busil-há —creo recordar—, aunque ellos ya sabrán que vamos a la fiesta de La Culebra (me pregunto entonces si lo de Busil-ha será una contraseña, una declaración amistosa de no injerencia, una tregua en miniatura...)

—Y tengan cuidado con lo que hablen y con quién hablan, lo mismo en las comunidades que aquí, en San Cristóbal —ha añadido, señalando una vez más la puerta. —Hay muchos “orejas”, muchos que

se les acercarán haciéndose pasar por “compas” y que no lo son, que sólo quieren sacarles información, o provocarles. No se olviden nunca que estamos en guerra, aunque sea, como la llaman algunos, la guerra de la pulga, una guerra de baja intensidad.

Con esa apostilla final, cuando ha terminado la reunión, casi daba miedo abrir la dichosa puerta y salir a la calle. Fuera, sin embargo, todo estaba tranquilo. La temperatura era agradable. Apetecía, en suma, tomarse unas cervezas, apurar las últimas horas en la retaguardia.

Hemos cenado en un vegetariano llamado “La casa del pan”. Tiene un terraza al final de una pequeña cuesta, junto a una fuente de piedra, y desde allí se veían las calles largas y bien trazadas de San Cristóbal, las casitas blancas y los balcones y puertas de colores, y al fondo la silueta de la selva, recortada sobre la noche que comenzaba a caer.

En el restaurante había dos o tres grupos de extranjeros. Les hemos saludado fríamente, algo desconfiados, a pesar de su aspecto hippy, y de que alguno de ellos incluso llevaba una camiseta del EZLN. Una ya no sabía, tal vez fuera un grupo de quintacolumnistas.

La cena ha estado bien. Yo he pedido tortitas rellenas de queso con elote en salsa de almendras. Y además de eso lo habitual, puré de frijoles, tamales, quesadillas... De lo que no hay manera de librarse es del picante. Me pregunto si los mexicanos comerán de ese modo en sus casas. Si es así deben de tener un estómago de hierro.

De “La casa del pan” hemos ido a un bar llamado “La luna”, donde nos han dicho que había un concierto. “La luna” es un bar tranquilo, acogedor. Al entrar hay una barra con el mobiliario de madera, y a la izquierda, tras pasar un arco, una sala amplia, con varias mesas con velas y un pequeño escenario. Sobre él una chica tocaba la guitarra y cantaba un “blues”: *No es santo el que no cae sino el que se levanta*. Tenía una voz transparente, una voz de esas que se te introduce debajo de la piel y te limpia por dentro. El público la escuchaba relajado. La mayoría de ellos eran otra vez extranjeros, bohemios, definitivamente rebeldes (una Quinta Columna tan bien nutrida sería para echarse a temblar).

Nos hemos quedado allá un par de horas. Nos encontrábamos a gusto y por un momento en el grupo volvía reinar la armonía. La mú-

sica —y las primeras rondas de cerveza— amansan a las fieras.

—No sé a vosotros —ha dicho Pedro. Se dirigía a Luis y Carlos, sus viejos camaradas de la CGT—, pero a mí todos estos chavales de Enlace Civil y los del Frente del otro día me han puesto nostálgico. Me recuerdan a nosotros cuando comenzamos en el sindicato, sin medios pero tan llenos de energías, tan seguros de nuestras ideas, convencidos de que íbamos a cambiar el mundo... Joder, qué tiempos.

Ha sido pronunciar esa frase y oír como se encadenaban una detrás de otra historias de octavillas clandestinas y pegadas nocturnas de carteles, de enfrentamientos con los grises y con los guerrilleros de Cristo Rey, de sinietras madrugadas en los calabozos de la Dirección General de Seguridad...

—Y aquí seguimos, con nuestros más y nuestros menos, pero en la brecha, ¿eh, general? —ha dicho Luis, bajando la guardia por un momento.

Y el general ha sentenciado:

—Tal vez no hemos cambiado el mundo pero al menos el mundo no nos ha cambiado a nosotros.

Ahora que lo escribo, me suena ridículo, grandilocuente, pero allá en el bar me ha parecido emocionante. Y además, era cierto, aquellos tres cincuentones eran tres resistentes, tres santos —laicos—, caídos y levantados cientos de veces, tres pequeñas batallas ganadas en esa otra guerra de la pulga que es la vida diaria...Después, hemos regresado al hotel, apenas sin hablar, permitiendo que el sentimiento de camaradería se prolongara. Por el camino hemos visto más bares como los anteriores, más grupos de extranjeros, mochileros, y por un momento he tenido la impresión de que San Cristóbal de las Casas es un punto de encuentro para los soñadores de todo el mundo, la penúltima estación de los revolucionarios, un limbo feliz en la tierra para quienes todavía siguen en pie.

Ramón también ha debido de sentir esa melancolía rebelde, y al llegar al hotel, después de tanto tiempo, me ha acariciado la espalda. Me gusta que lo haga, me relaja, es mi somnífero preferido, pero a veces él no es dormir lo que busca precisamente. Últimamente apenas hacemos el amor. Estos días en México tratamos de buscar una disculpa en el cansancio y el calor. Yo además, nunca he entendido esa sensualidad

de los países tropicales, en los que a mí, por el contrario, la libido se me inhibe. Me sucedía en Cuba (donde además a ello se sumó el factor psicológico, porque en Cuba, fue donde se desmoronaron por primera vez alguno de mis anhelos revolucionarios, donde la propaganda asfixiante, la persecución política, el régimen militar, comenzaron a despegar el póster de Ché Guevara en la pared de mi cuarto). Pero no había excusas. Ni el hambre, ni el bloqueo, ni el cansancio. Ramón y yo apenas hacíamos el amor porque teníamos miedo, porque las últimas veces habían sido un desastre, porque nos dolía reconocer que poco a poco todo se iba perdiendo.

Esta vez tampoco ha sido distinto. Ramón ha insistido en sus caricias, a pesar de mi evidente desinterés, a pesar de mi miedo. A pesar de su propio miedo. Ramón ha hecho el amor como si fuera la primera vez que lo hacía, torpe y delicadamente a un tiempo, pero también, sobre todo, como si fuera la última vez, como si ya no hubiera tiempo para nosotros dos.

Cuando hemos terminado se ha dejado caer exhausto sobre el colchón. Apenas ha tardado cinco minutos en dormirse. Yo estoy igualmente cansada y mañana hay que madrugar para partir hacia La Garrucha, pero no puedo dormir. No puedo hacerlo sabiendo que algo va mal entre nosotros, y que no sabemos cómo afrontarlo. No puedo dormir sin entender por qué a lo largo de este año y medio ninguno de los dos hemos conseguido nunca dejar de estar solos.



***Jueves, 7 de abril, 21:40, Caracol de La Garrucha,
Selva Lacandona.***

El desierto de la soledad. Así es como llamaron a este lugar los monteros que deforestaron gran parte de la Selva Lacandona en el siglo XIX, trabajando para los madereros tabasqueños en régimen de semiesclavitud, atrapados en una cárcel de lodo y de intrincados bosques, lejos de cualquier lugar habitado y habitable. Los mismos monteros que aparecen en algunos libros de Bernard Traven, el autor anarquista de “El tesoro de la sierra madre”, quien pasó buena parte de su enigmática vida entre los indígenas de Chiapas, y cuyas cenizas fueron esparcidas no muy lejos de aquí, en el río Jataté.

Ahora que la noche cae sobre la selva, me he acordado de él, de una de sus frases que conozco de memoria, y que me suelo repetir a mí misma como un mantra cada vez que las cosas no van bien: “Persiste. Continúa luchando. No te rindas. Escúpele a la cara a la muerte y vuélvete hacia el otro lado. El sol todavía está en el cielo, rodeado de estrellas”.

Me ha parecido que esas palabras Traven sólo las pudo haber escrito aquí, bajo este cielo estrellado, en el que se extingue un sol de fuego sólo para coger fuerzas y lucir mañana con más intensidad.

Estamos en La Garrucha. Hemos llegado hasta aquí después de unas ocho horas de tortuoso viaje, de sol, polvo y agujetas. Tenemos un nuevo autobús. Este es más viejo, más pequeño y el grupo cada vez más grande. En San Cristóbal hemos recogido a varios cooperantes mexicanos, un grupo de griegos que están construyendo en La Culebra una escuela y algunos periodistas de diferentes países. También viene con nosotros Marito, un indio tzeltal que se encarga de entrar y sacar a los grupos de territorio zapatista, tal vez porque habla sin dificultades el castilla (como ellos llaman al castellano) y resulta bastante extrovertido (o al menos lo suficientemente extrovertido para vendernos por el camino varios collares, monederos de lana y blusas bordadas por su mujer).

Los equipajes ya no caben en el maletero y buena parte de ellos los hemos amontonado en los asientos de atrás. Ahora todos los asientos están ocupados y tenemos que turnarnos para dejar sitio a los que via-

jan de pie. A veces, de todos modos, es preferible viajar de pie, porque hace un calor insoportable y hay que elegir entre eso o abrir las ventanillas y tragar el polvo que entra por ellas.

El primer tramo, la carretera que une San Cristóbal con Ocosingo y que sigue hasta Palenque, estaba asfaltado, aunque cada doscientos metros hay unos molestos topes. Aparentemente se trata de una medida para reducir velocidad, pero lo cierto es que esta carretera tuvo una importancia vital en el alzamiento rebelde de 1994 y supongo que si vuelve a haber escaramuzas esos topes (a los que por algo llaman guardias dormidos) dificultarían el avance o la retirada de los zapatistas, mientras que los potentes “jeeps” y tanques del ejército mexicano los rebasarían sin problema. Lo digo —en mi ignorancia total sobre asuntos militares— porque, más adelante, cuando hemos tomado ya las pistas de tierra que conducen a territorio insurgente, nos hemos cruzado en dos o tres ocasiones con convoyes militares, y sus vehículos eran potentes y modernos, preparados para moverse sin problemas en cualquier terreno.

Resultaba extraño, como si se tratara de un error de “atrezzo”, ver a esos modernos todoterrenos pasar ante las humildes casitas —esas casitas que parecían como las del primero de los tres cerditos, a las que se podía derribar con un soplido— y también a los soldados, perfectamente uniformados, al lado de los campesinos descalzos.

Nunca me acostumbraré a ello, y sin embargo lo he visto en todos los lugares a los que he viajado: cuanto más miserables son las condiciones de vida de la gente, más sofisticadas las armas de los soldados. En Chiapas —según he hojeado en un librito que circulaba por el autobús— la mitad de las casas tienen piso de tierra, tres cuartas partes de las viviendas son de un solo cuarto y la mitad de éstos albergan a nueve o más personas. Chiapas ocupa el primer puesto nacional en producción de café, el segundo en producción de ganado, el tercero en producción de maíz, pero tiene el récord del primer lugar en índices de desnutrición (y además otros curiosos y sospechosos récords como el de velocidad de votación: en 1988 en una urna electoral se recontaron una cantidad de votos tal a favor del PRI que suponía una papeleta introducida en ella cada 10 segundos).

Todo ello quiere decir que, en consecuencia, una buena parte del presupuesto militar nacional también se destina a Chiapas; o contra Chiapas. Es absurdo. Seguramente con todo ese presupuesto se podrían solucionar todas las carencias sanitarias, combatir el analfabetismo y el hambre en la región... Y tal vez así los indios no tendrían que haberse alzado, y la presencia del ejército no sería necesaria.

Bien, el caso es que tras varias horas proponiendo ideas que dotaran a este mundo inhumano de un poco de lógica, que lo aliviaran de los baches y el polvo, hemos llegado a La Garrucha.

En el Caracol, el recibimiento ha sido algo frío. Apenas hemos bajado del autobús nos han conducido a un pequeño barracón y nos han pedido los pasaportes. Supongo que es una cuestión de seguridad, pero me ha resultado chocante, incluso molesto. Ninguno de los convoyes militares con los que nos hemos cruzado nos ha parado y ahora son aquellos a quienes venimos a mostrar nuestra solidaridad, nuestros “compas”, quienes nos controlan. Después nos han dicho que esperemos fuera y que no nos movamos ni saquemos fotos.

La Garrucha es un gran claro en el bosque, un rectángulo formado por varios barracones de madera, todos ellos cubiertos por coloridos murales. El más próximo al lugar en el que nos han hecho esperar es la Oficina de Vigilancia del Buen Gobierno. En el tejado hay varios postes eléctricos y una pequeña antena parabólica. Carlos, “el general”, que ya ha estado otras veces aquí, dice, satisfecho, que encuentra muy cambiado el caracol.

—Han avanzado mucho. Ahora tienen luz eléctrica, un teléfono, fax...

Incluso, según hemos podido ver más tarde, en La Garrucha hay hasta un ciber-café, el primero en todo el territorio rebelde. Me parece tan increíble que me he enviado a mí misma un email desde allí para recordar a la vuelta que no lo soñé. Junto a la cafetería se ve también una pequeña iglesia, un curioso edificio pintado de color rojo. Parece una catedral de bolsillo, un templo jibarizado. Es la primera iglesia levantada en un caracol. Y hay también una biblioteca, una clínica dental, un puesto de alquiler de bicicletas... Escribirlo en este cuaderno es muy fácil, sólo son dos líneas, pero esos rudimentarios barracones con el sue-

lo de tierra y los rótulos pintados a mano —“escuela”, “cooperativa de mujeres”, “campamento civil”— son el resultado de muchos años de lucha y sufrimiento, de autogestión y desafío a la autoridad. Tal vez como muestra de ello en el centro de la antena parabólica, un micrófono que apunta al cielo, está cubierto simpáticamente por un pasamontañas.

La Junta del Buen Gobierno ha tardado una hora en recibirnos. Nos han hecho pasar a una sala, nos han devuelto los pasaportes y han preguntado qué queríamos. Eran cuatro. Dos hombres y dos mujeres, sentados tras una mesa y bajo unos retratos de Emiliano Zapata y Ricardo Flores Magón. Carlos, “el general”, ha vuelto a ejercer de portavoz. Su tono era cansino. Creo que comienza a agotarse de ser siempre la cabeza visible. Me parece que también le avergüenza un poco, no el hecho de hablar, sino el de ser general en una tropa que aborrece los galones. Y también que le resulta ingrato que sus responsabilidades le pasen factura en lo personal (como sus discusiones con Luis, o la reprimenda a La Niña; yo misma apenas he hablado con él durante el viaje, a pesar de que era la única persona, exceptuando a Ramón, que conocía antes de partir). Pero tal vez me equivoco y lo único que intentaba Carlos era atemperar su voz engordada por los Ducados, pues los miembros de la Junta del Buen Gobierno se dirigían a nosotros en un tono casi inaudible y pausado.

Les ha dicho que les traíamos los fondos para el hospital de La Culebra y que queríamos llegar hasta allá al día siguiente, para la fiesta y para pintar el mural. También si podíamos sacar algunas fotos y que algunos miembros de la expedición eran periodistas que deseaban concertar entrevistas con las autoridades municipales.

Ellos le escuchaban en silencio. Nuestro grupo es bastante numeroso y al principio me ha parecido que los miembros de la junta estaban cohibidos, pero después una de las mujeres no ha tenido ningún reparo en apoyar su cabeza sobre la mesa y echar una cabezadita mientras Carlos hablaba.

Finalmente han dicho que tenían que decidir, que ahorita nos contestarían (el término “ahorita” en México es muy peligroso, puede variar entre algunos minutos y unas cuantas horas) y nos han dado permiso para movernos por el caracol. Hemos salido de la sala un tanto

decepcionados. A nosotros también nos ha supuesto muchos días de esfuerzo, lucha y sufrimiento conseguir el dinero para el hospital.

—Al menos nos podían haber dado las gracias —ha dicho Luis—. Cualquiera diría que les traen 24.000 euros todos los días.

Después hemos sabido que la Junta del Buen Gobierno lleva varios días sin dormir. Se turnan cada ocho días en el cargo. Para las mujeres, sobre todo, es muy duro. A pesar de que sus derechos están avanzando, el machismo sigue imperando, y una mujer tantos días fuera de casa, separada de su marido, desata habladurías, supone días de trabajo perdido y acumulado (porque son ellas las que llevan el peso de los hogares)...

Frente al barracón de la Junta, además, hemos visto a algunos campesinos esperando, tumbados sobre la hierba. Han andado durante muchas horas para llegar hasta allí y plantear alguna demanda o esperar solución a alguna de sus quejas... Alguno de ellos puede incluso que venga a exponer un asunto grave, un delito de sangre, porque los caracoles administran su propia justicia. No existe una ley escrita, a menudo se recurre a los usos y costumbres indígenas. Por ejemplo, en caso de homicidios, en ocasiones al asesino se le hace responsable de mantener de por vida a la familia del muerto. En territorio zapatista, dicen, no hay cárceles, pero sí justicia.

Nuestra presencia, por tanto, no tiene por qué ser más importante que la de esos campesinos, ni la resolución de nuestros planteamientos más urgente.

Nos lo hemos tomado con calma, por tanto, aceptando que esta vez “ahorita” quería decir varias horas. Ramón ha aprovechado para estudiar detenidamente los murales pintados en los barracones. Los había de diferentes estilos, algunos se asemejaban a la propaganda republicana de nuestra guerra civil, otros resultaban menos agresivos, con zapatistas de grandes ojos bajo el pasamontañas, guerrilleros que podrían ser amigos de Mafalda. “La esperanza es como las galletas de animalitos: no sirve de nada si no se tiene dentro”, se lee en uno de los barracones. Y en otros: “El maíz es de todos los colores. Como todos”; “Sin justicia no hay paz”; “Enmascarados para desenmascarar al poder que nos humilla”...

—Hay una cosa que no me gusta —ha objetado Ramón, al leer esos lemas—. Todos están en “castilla”. Y mira las firmas. Estos murales no los han pintado los indígenas, sino visitantes, extranjeros...

Creo que Ramón empieza a preocuparse. Mañana estaremos en La Culebra y tiene que pintar su propio mural, el mural de Taniperla. Sólo dispone de tres días. Pero no es el tiempo lo que le preocupa, ni tampoco que pueda hacerlo mal. Ni siquiera que pueda repetirse la historia del 98, cuando los militares ametrallaron el mural original. Ramón está preocupado porque no quiere que el mural sea “su” mural. Y eso, según me ha confesado estos últimos días, le resulta difícil, primero porque siempre ha sido él quien ha tenido el control absoluto sobre todas sus obras, y segundo porque aunque ahora desea compartir ese control, desconoce por completo a aquellos con quienes debe trabajar, qué tipo de relación debe de establecer con ellos, o si pueden considerarle un intruso.

—Es como si de repente un desconocido entrara a tu casa y pintara en tus paredes.

El último barracón que hemos visitado ha sido el de la cafetería. Es tan pequeña que hay que entrar a cenar por turnos de doce personas. Nos han servido un plato de frijoles y algunas tortitas de maíz. La dieta de las comunidades. Después un café, solo y aguado, que hemos rechazado amablemente intentando evitar o retrasar cualquier visita a la letrina (hay sólo una de ellas en todo el caracol, sin luz, y es un agujero pestilente en un suelo de madera).

Cuando hemos salido fuera, comenzaba a anochecer. Todavía la Junta del Buen Gobierno no había decidido nada, ni nos había asignado un lugar donde pasar la noche (en todo caso las opciones no son muchas y deberemos dormir sobre el suelo, en alguno de los barracones).

Nos hemos reunido con los demás, que estaban fumando tranquilamente o durmiendo ya, tumbados sobre la pista de baloncesto. Ha comenzado a refrescar y el cemento ha acumulado todo el calor del día. El sol, como un gran balón de color naranja, se ocultaba tras los tableros negros, con una estrella roja en el centro. En el cielo brillaban miles de estrellas más y sus destellos se confundían con los de las luciérnagas, posadas en las copas de los árboles.

Ha sido entonces cuando he empezado a escribir y he recordado a Bernard Traven. Creo, sin duda, que a él le hubiera gustado ver esto, y estar aquí, y comprobar que allá detrás, en lo profundo de la selva, un puñado de hombres y mujeres valientes continuaban escupiéndole a la muerte en la cara.



Viernes, 8 de abril. 17:40, autobús entre La Garrucha y La Culebra (Municipio autónomo y rebelde Ricardo Flores Magón).

Hoy estoy molida. Finalmente ayer la Junta del Buen Gobierno nos concedió los permisos y abrió uno de los barracones para que durmiéramos. Era un gran barracón, con el suelo de tierra y bastante irregular, cubierto de piedritas, así que hoy mis caderas parecen un mueble viejo. También nos autorizaron para sacar fotos, sólo a los murales y edificios (nunca a las personas y mucho menos sin cubrir), pero hemos tenido que esperar a esta mañana, porque era ya noche cerrada cuando nos lo comunicaron. Esta mañana el Caracol ha amanecido haciendo honor a su nombre («Resistencia hacia un nuevo amanecer») envuelto en una niebla gris y, a la vez, limpia —a diferencia de la del DF— tras la cual la selva se ocultaba más llena de misterios y peligros que nunca.

Hemos salido, por tanto, aprovechando el fresco de la mañana, pero el autobús no ha tardado en convertirse en un pequeño infierno. Sobre todo, hace unos minutos, cuando hemos hecho la última parada. Ha sido en un pueblo ya bastante próximo a La Culebra. Hacía ya un buen rato que un retrato de Ricardo Flores Magón, pintado en negro sobre un cartel de maderas rojas, nos había dado la bienvenida al municipio autónomo y rebelde que lleva su nombre. Eso, sin embargo, no quería decir que fuésemos necesariamente bien recibidos y de hecho cuando, en ese último pueblo, hemos bajado para comprar agua y algo de comer, un grupo de hombres ha comenzado a revolotear en torno a nosotros —a nosotras más bien—. Me he dado cuenta inmediatamente de que eran priístas porque parecían borrachos. Enseguida Andrés se ha acercado y nos ha dicho que volviéramos al autobús, e incluso ha tenido que forcejear con uno de ellos, que se había aferrado con obstinación ebria a la cintura de La Niña. Mientras subíamos al autobús he visto cómo se acercaban más hombres, envalentonados ante nuestra retirada. Una vez que el vehículo ha arrancado han propinado alguna patada en la carrocería, mientras proferían amenazas:

—Mañana, en Culebra —decían unos.

Y otros señalaban a Marito, y al propio Andrés, rebanándose el cuello con el dedo índice de la otra mano.

Nos hemos alejado en silencio, asustados. ¿Qué les habíamos hecho nosotros a esos hombres? ¿Y de dónde provenía aquel odio?

—Sólo están buscando provocar —ha explicado al cabo de un rato Andrés (cuya presencia en el grupo comienzo a comprender algo mejor ahora)—. Puede que ni siquiera estuvieran borrachos y solo se lo hicieran. Y por supuesto, han ido a por las mujeres, es su mentalidad, creen que así los hombres saldrán en defensa de ellas y pelearán —ha añadido después.

Ahora que ya ha pasado un rato, me siento algo más tranquila, pero antes he sentido miedo, un miedo real, distinto a cuando cruzábamos ante los controles militares, en cuyo caso es sólo una avandilla del miedo. Esta vez era un miedo físico, similar al vértigo, como si me asomara a un desfiladero, y viera allá al fondo los cadáveres, y sobrevolando sobre mi cabeza los zopilotes, y a mis espaldas una sombra larga y negra. Me pregunto cómo será vivir con ese miedo todos los días, todas las noches, todas las horas de tu vida.

23:30, La Culebra (Municipio Autónomo y Rebelde Ricardo Flores Magón)

El recibimiento en La Culebra ha sido totalmente distinto al de La Garrucha. Parecíamos el Real Madrid. Hemos llegado a media tarde y hemos aparcado junto al corazón del poblado: la pista de baloncesto. Rápidamente una multitud de niños nos ha cercado con su ejército de ojos como platos, en el que cocinaban toda su curiosidad. Los más atrevidos nos saludaban y reían tímidamente. Algunos de ellos agitaban un cartel en el que se podía leer: *“La Culebra da la bienvenida a los hermanos de la sociedad civil”*. Hasta se oía una banda de fondo (aunque poco después hemos comprobado que eran los músicos, ensayando para el baile, pues la fiesta comenzaría esa misma noche). Y lo más increíble de todo: cuando, algo aturridos, hemos bajado del autobús, nos hemos dado cuenta de que había un eclipse de sol. Por supuesto ha sido una preciosa casualidad y en La Culebra nadie creía que nosotros llegáramos caídos del cielo. De hecho, por aquí han estado más acostumbrados durante siglos a que los hombres blancos llegaran desde el infierno.

Además, no éramos los únicos güeros (como nos llaman a los blancos). En la pista de baloncesto un grupito de payasas italianas jugaba un partido (no tengo nada contra las italianas, es que “son” payasas; van a actuar en la fiesta) y, desperdigados entre la gente, se distinguía fácilmente por el señuelo infalible de sus pieles pálidas y despellejadas a varios nórdicos.

Había, por cierto, mucha gente, sentada sobre la hierba, acampada con plásticos, y también puestos de comida, barbacoas de carbón en las que se asaban pollos... Ricardo Flores Magón es el municipio autónomo zapatista más grande, comprende más de cien comunidades, y para la fiesta en la que conmemorarán su séptimo aniversario han venido unas dos mil personas. La mayoría de ellos lo han hecho caminando por el monte, a veces familias enteras. Son, desde luego, muy valientes. Ellos no tienen un autobús al que subir y salir huyendo cuando las cosas se ponen feas. Y sin embargo, están aquí. Saben que les pueden matar, pero también que tienen que estar aquí para que no maten también a sus hijos y a los hijos de sus hijos.

Alrededor de la pista de baloncesto está el escenario con los músicos y varios barracones: una tienda, una pequeña cafetería, la biblioteca y, la más grande de ellas, “La casa de los trabajos de las comunidades” — la casa municipal—. De momento, en realidad, sólo se ve el esqueleto de ésta, el tejado aún descubierto y parte de la fachada principal, que es donde se pintará el mural. Frente a esa fachada hay un andamio, con varios focos de luz, botes de pintura y otros utensilios. En cuanto han sabido quién es Ramón lo han encaramado a ese andamio. El Mural de Taniperla es muy importante para la comunidad y yo creo que en La Culebra ya estaban nerviosos, que sentían que algo faltaba para que el aniversario fuera perfecto. El mural es un símbolo de resistencia y de solidaridad, su presencia significa que después de siete años ellos siguen ahí, firmes, que sus sueños no sólo se mantienen intactos, si no que ahora han volado más alto y más lejos, hasta todos los rincones del mundo donde ahora se conoce la historia de ese mural. Eso, de algún modo, lo vuelve indestructible y con él todo lo que representa, esa vida digna y en paz que los habitantes de la cañada Perla anhelan.

Una vida en la que no haya por qué tener miedo todos los días, todas las noches, a todas horas. El mural de Taniperla, pues, también debía estar ahí, tanto si finalmente llegábamos los güeros como si no (y lo cierto es que, por si acaso, ellos ya habían pintado el fondo blanco, cuadriculado el mural y comenzado a pintar algunas partes).

Ramón se ha quedado allá arriba, en el andamio. Y, en el momento que escribo esto, varias horas después, allá sigue. Al resto nos han llevado hasta los dormitorios. Son varios barracones, con el piso, afortunadamente, de cemento. Aliviada, he descubierto también que hay más de una letrina. Bueno, en realidad hay dos letrinas —y para dos mil personas—, pero al menos no son un agujero en el suelo, sino que tienen taza y todo (o casi todo, el papel corre a cuenta de cada cual y la cadena es un cubo de agua). Para una mujer, y sobre todo para una mujer pudorosa y con la vejiga tímida, como la mía, las necesidades fisiológicas se convierten en viajes como éste en todo un problema, más todavía cuando Moctezuma contribuye inoportunamente a agravarlo.

Creo que han sido los frijoles quienes han desatado su venganza, la terrible venganza de Moctezuma: la diarrea del viajero. Hemos cenado apenas una hora después de llegar a La Culebra. La comida, durante los tres días que durará la fiesta, es comunitaria. Han matado incluso una res para la ocasión. Pero esta noche tocaba frijoles. Y no ha sido nada fácil ganárselos. En primer lugar ha habido que conseguir un plato vacío y un cubierto. Compramos algunos en San Cristóbal, pero han desaparecido rápidamente colectivizados por la comunidad. Después ha tocado guardar cola, llorando como magdalenas, mientras el viento se empeñaba en dirigir en nuestra dirección el humo negro de la cocina de leña. No nos quejamos: la mayoría de las mujeres chiapanecas (y de las mujeres indígenas latinoamericanas) cocinan todos los días de ese modo, soportando que un *doberman* invisible les coma a mordiscos los pulmones. Por último ha habido que tragarse los frijoles, y ésta ha sido la parte más complicada, sobre todo para nuestros delicados estómagos. El mío, a pesar de curtirse en secreto de vez en cuando con las hamburguesas del Mcdonalds, se ha resentido casi inmediatamente.

Me he pasado estas últimas horas haciendo viajes del dormitorio a la letrina, de la letrina al dormitorio y de éste otra vez a la letrina, hasta que Charo me ha dado un “Fortasec” y parece que Moctezuma ha sido reducido. Entonces he conseguido aventurarme hasta la pista de baloncesto, donde, al caer la noche, ha comenzado el baile (aunque parecía más bien que los músicos seguían ensayando, porque bajo el escenario no había nadie, nadie bailaba, y toda la gente se arremolinaba en la otra esquina de la pista de baloncesto).

Andrés nos ha explicado que se debía a que los músicos eran priístas.

— ¿Y entonces por qué los contratan?— he preguntado.

—Porque los nuestros son muy malos.

Y debían de serlo, ciertamente, porque la orquesta ha tardado poco más de media hora en agotar todo su repertorio. Cuando eso sucedía un “compa” subía al escenario y recordaba que todavía había plazo para apuntarse para las actividades que se celebrarían la tarde siguiente (lecturas de poesías, canciones...) y, por la mañana, para el campeonato de baloncesto (de ese modo he sabido que Txaro, La Niña y yo formamos parte de la plantilla del equipo “Payasas del mundo”, y que junto con el grupito de italianas al día siguiente nos enfrentaremos a “Las rebeldes de la selva”).

Después, los músicos retomaban el micrófono y repetían las canciones, por cierto, nada revolucionarias, como esa que decía: “Yo quiero una novia que me lave y que me planche”.

De todos modos los zapatistas no han tardado en romper sus prejuicios y pasar al ataque. Los primeros de todos, los niños, que han enviado como vanguardia rebelde a conquistarnos. La primera pareja de baile que he tenido aquí en La Culebra medía unos noventa centímetros.

—¿Baila, señorita? —me ha preguntado.

Me ha resultado tan tierno que no he podido menos que aceptar.

—Claro, caballero —le he contestado.

Pero ha sido un error. Eso ha significado que al final de cada pieza tenía tres o cuatro pretendientes de entre tres y ocho años, con los cuales, además, bailar se convertía en una tortura, pues una vez lo-

grado su objetivo se desentendían y bailaban sin prestarte atención ni mirarte a la cara.

Después, con esa maniobra de distracción, algunos adultos también se han animado en el otro extremo de la pista, y al final ésta poco a poco se ha ido poblando. Ha sido el momento de zafarme del ejército de pequeños bailarines.

No era todavía muy tarde y no tenía sueño, pero estaba cansada y me dolía el estómago. Antes de meterme al dormitorio, sin embargo, me he acercado a ver a Ramón, en la casa municipal. Dos o tres focos iluminaban el mural. Ramón estaba perfilando las siluetas, completamente ensimismado. He visto que desde abajo varias personas le miraban trabajar, boquiabiertas. Yo me he quedado un rato junto a ellos. El Ramón que está ahí arriba, pintando, es el Ramón del que me enamoré. Por eso, he preferido no llamarle. No quiero romper la magia. No quiero sentirme sola otra vez.

No sé cuánto tiempo me he quedado ahí, mirando cómo poco a poco los dibujos iban tomando vida: los cuatro soles, el río Perla, la asamblea de mujeres con una paloma elevando el vuelo desde el centro... Cuando escribí el reportaje sobre el mural me impliqué hasta tal punto en la historia que me creía parte de ella, pero nunca imaginé que el mural regresaría un día a casa, ni que yo misma estaría aquí. Los sueños, pues, a veces se hacen realidad. No he podido evitar que una lágrima se me escapara. Siento que pase lo que pase ha merecido la pena venir a La Culebra.

Sábado, 9 de abril, 14:15, La Culebra (Municipio Autónomo y Rebelde Ricardo Flores Magón).

¡Qué duro es hacerse mayor! Una se da cuenta de que ya no sólo tiene que cargar con todos los trastos viejos que ha ido amontonando dentro de sí (la chatarra de los sueños que se han quebrado, los pósters viejos de revoluciones perdidas, los puntos caídos de las cicatrices en el corazón...), sino que además ahora debe arrastrar consigo su propio cuerpo, que es a la vez su propio cadáver. Pero bueno, tal vez lo digo porque yo ahora mismo me encuentro muerta.

Esta noche he dormido algo mejor que la anterior, aunque menos horas. Mis caderas ya no son un mueble viejo, sólo un mueble en restauración, y mi estómago parece haberse estabilizado, pero los músicos estuvieron tocando hasta las tres o las cuatro de la madrugada (es decir, debieron de repetir su repertorio una docena de veces) y a las siete la megafonía ha vuelto a funcionar para anunciar la izada de banderas, la mexicana y la zapatista, ceremonia que se ha acompañado entonando a pleno pulmón los respectivos himnos.

En los municipios autónomos y rebeldes no hay tregua.

Casi a continuación han comenzado las competiciones deportivas.

A nosotras, “Las payasas del mundo”, nos ha tocado entrar en acción justo cuando el sol lucía con más fuerza. Pese a ello nuestras aguerridas rivales, “Las rebeldes de la selva” se han presentado descalzas. La pista de baloncesto ardía, y creo que era eso lo que les hacía correr como poseídas. La mayoría de nosotras les sacábamos dos cabezas, pero nos han dado una paliza escandalosa. Yo he lanzado dos veces a canasta, y en ambas he escuchado como el *spiker* decía:

—Ahí va la gordita, tira y... ¡nada! ¡Ni al tablero!

El resto del partido me lo he pasado deambulando de un lado a otro de la pista y lamentando haber elegido este viaje para volver a fumar. El pecho me ardía como si me hubiera tragado una bola de fuego. Pero no ha sido eso lo que me ha matado, ni tampoco la derrota. Ha sido aquello de “la gordita”. ¿Qué gordita?

Todo esta mañana, sin embargo, no ha sido ejercitar o castigar el cuerpo.

Después del partido ha aparecido Carlos, casi tan acalorado como



nosotras, para comunicarnos a Charo y a mí que si estábamos interesadas en hacer una entrevista muy interesante debíamos presentarnos inmediatamente en la biblioteca. Nosotras estábamos preparadas para ir al río a bañarnos, pero hemos salido disparadas hacia la biblioteca, creyendo que íbamos a encontrarnos con el mismísimo Marcos. Sin embargo, quienes nos aguardaban allá eran “solo” las autoridades municipales de La Culebra. Entre los zapatistas nadie es más que nadie, aquí se manda obedeciendo, pero eso no resulta tan sencillo de explicar a redactores jefe ni a los directores de revistas y periódicos.

Por lo demás, ni siquiera era una entrevista personal, y junto a nosotras estaban también todos los demás periodistas que vinieron en nuestro autobús y algún que otro de los grupos griego e italiano.

Las autoridades de La Culebra nos han contado, entre otras cosas, que lo que nosotros estamos viviendo, la fiesta, es una situación excepcional, y que la vida diaria en el municipio es bien distinta. Ha señalado, por ejemplo, que el equipo de capacitadores que desde hace cuatro años se dedican a formar a maestros (maestros que enseñen a los niños su idioma, su cultura, su historia, todo lo que les arrebatan en las escuelas del gobierno federal) llevan más de un año sufriendo hostigamiento. En concreto desde que su compañero Noel Pavel González, fue asesinado. Noel, un estudiante de la Universidad Autónoma de México, apareció ahorcado, con el cráneo fracturado y signos de tortura y violación. Desde entonces los capacitadores han sido amenazados de diversas maneras, a través de correos electrónicos, llamadas telefónicas, hasta llegar a la vigilancia, la persecución y el secuestro de familiares. Todo ello, evidentemente, con el objetivo de amedrentar, sin éxito, su apoyo a la causa zapatista.

La reunión ha durado casi dos horas. Los colegas de otros países han hecho varias preguntas, preguntas que no recuerdo en su mayoría, ni tampoco sus respuestas. Simplemente he confiado en que este calor asfixiante no funda las pilas de la grabadora. Estaba completamente agotada y a duras penas conseguía mantener los ojos abiertos. De todos modos, lo que sí he alcanzado a escuchar es lo referido a los murales.

—En La Culebra, de momento, no vamos a pintar ni a autorizar a nadie para que pinte más murales —han dicho—. Agradecemos a la sociedad civil su apoyo, y sabemos que ésta es una manera de demostrarlo, pero el sol acaba comiéndose la pintura y ésta pudriendo la madera.

Yo me he acordado de las sillas de ruedas en Enlace Civil, y de lo que me dijo hace dos días Ramón en La Garrucha, aquello de que a nadie le hace gracia que le pintarrajeen las paredes de su casa. He pensado que de momento será mejor no comentarle nada sobre esa decisión. Claro que si, de todos modos, quisiera hacerlo, tampoco sería nada fácil, pues desde que estamos aquí Ramón y yo apenas nos hemos visto. Ni siquiera sé donde ha dormido esta noche, o si ha dormido. Todo nuestro grupo, en realidad, se encuentra desperdigado: José, el compañero de Charo, haciendo fotografías por la comunidad; Raúl y Juan en el hospital, trabajando; Luis, no sé qué trama, pero lo he visto pasar esta mañana con una guitarra al hombro; Carlos y Pedro redactando algún informe para el sindicato; La Niña y Andrés, desaparecidos (esperemos que no en combate)... Y Charo y yo, una vez finalizada la entrevista, en el río, por fin, tomando un merecido descanso.

El río se encuentra un poco apartado del pueblo. Las recomendaciones son que no nos alejemos sin pedir permiso o a lugares desconocidos, pero Charo ya estuvo bañándose ayer con los demás (mientras yo me convertía en la *recordwoman* mundial de la distancia comprendida entre el dormitorio y la letrina), y de todos modos nos hemos dado cuenta de que siempre hay alguien que controla nuestros movimientos. No los vemos pero escuchamos ramitas que crujen, hojas que se mueven.

El río es una arteria de agua en mitad de la selva Lacandona. Hay una pequeña poza, bajo una cascada, y sobre ella caen varias lianas. La vegetación a las orillas, es como una red de color verde, con ramas y juncos que se entrecruzan. De vez en cuando, como si hubiera conseguido romper la fina malla, revolotea agitada una mariposa, un pájaro de colores... Es, en suma, una pequeña parcela del paraíso entre la tierra y el fuego. Cuando hemos llegado había varios niños bañándose

y una mujer lavaba la ropa. Hemos intentado hablar con ellos, pero se han retirado al vernos llegar, a pesar de que hemos respetado las normas y llevábamos el pareo puesto. Me gustaría poder charlar con alguna mujer, pero todas se muestran tímidas y desconfiadas. Charo y yo hemos hablado de ello, una vez que hemos conseguido entrar por completo al agua helada.

La lucha zapatista ha otorgado desde sus inicios un lugar importante al papel de la mujer. Me viene a la cabeza la figura de la pequeña comandante Ramona, tan pequeñita y a la vez del tamaño de un gigante, del tamaño al menos de su triple pesadilla, mujer, pobre e indígena; Ramona, hablándole, a la misma altura, al mundo desde el zócalo del DF tras la marcha indígena a la capital; o las miles de mujeres tzeltales, tzotziles, choles, la madrugada de un 8 de marzo tomando por segunda vez —ahora en silencio y desarmadas— las calles de San Cristóbal de las Casas...

Y sin embargo, aquí en las comunidades —comentamos Charo y yo—, son las mujeres quienes siguen cuidando de los niños, lavando la ropa, acarreando la leña... Son ellas quienes esperan en las orillas de la pista de baloncesto a que los hombres las saquen a bailar; ellas quienes rehúyen nuestras miradas y nuestras palabras; ellas las que pierden sus noches —como las mujeres de la Junta del Buen Gobierno de La Garrucha— para que los suyos tengan un nuevo amanecer... El camino es, pues, largo y no ha hecho más que empezar, pero, al menos, las mujeres zapatistas ya han echado a andar.

—Y desde luego corren más que nosotras.

—Aunque vayan descalzas y el suelo queme.

Charo y yo nos hemos quedado un rato más en el río. El sueño y el cansancio se han diluido en el agua. Y justo cuando salíamos, hemos visto llegar a Juan y a Raúl. Venían empapados en sudor y sucios y también algo desencantados.

—En el hospital hay tajo para muchos días —ha dicho Juan.

—Y nosotros nos vamos el martes —Raúl ha chasqueado la lengua.

Después se ha quitado la camiseta, pero parecía que pegada a la piel llevaba otra.

Juan se ha debido de dar cuenta de que a Charo y a mí nos ha llamado la atención.

—Raúl es ciclista —ha explicado.

—Era— ha rectificado él algo molesto—. Ahora vuelvo a ser electricista.

Hasta hace unos meses Raúl corría carreras con un equipo profesional, según nos ha explicado, una vez que él también ha entrado al agua y se ha relajado.

—El deporte de élite es una mierda. Los médicos nos inyectaban de todo, y después no nos podíamos tomar ni un Frenadol si teníamos catarro. Estaba harto, prefiero mil veces estar aquí, con los zapatistas, que corriendo el Giro —ha dicho.

Nos hemos quedado un rato más con ellos, fumando un cigarro. Raúl me ha dejado sorprendida. Me ha alegrado conocer esa otra parte de él, y también formar parte de este grupo, estar entre personas que —como dirían los zapatistas— todavía creen que existen otros mundos mejores. Hasta hoy apenas había reparado en Raúl, para mí era sólo el “rompemarcapasos”, una voz contando chistes en los asientos traseros del autobús. Ahora, sin embargo, mientras fumamos este cigarro, lo siento próximo, un “compa” más. Me dan ganas incluso de preguntarle si cree que yo realmente estoy gordita.

Domingo, 10 de abril de 2005 (86 aniversario de la muerte de Emiliano Zapata, 7º aniversario del Municipio autónomo y rebelde Ricardo Flores Magón); La Culebra (Municipio autónomo y rebelde Ricardo Flores Magón).

No sé qué hora es. Es difícil saber qué hora es en las comunidades zapatistas. Existe la hora con la que vinimos (la oficial, la hora Fox, la llaman aquí); la hora zapatista, que se rige por el sol; y la hora de combate, la del EZ. Por si fuera poco, nosotros, los anarquistas de la CGT, tenemos nuestra propia hora, la hora confederal, siempre una hora después de cualquiera de las otras tres.

En cualquier caso, es temprano y la noche ha sido otra vez larga.

Hace unos minutos me ha despertado el himno, entonado hoy con especial énfasis.

*Ya se mira el horizonte
Combatiente zapatista
El camino marcará
A los que vienen atrás...*

Y ya no me he podido dormir. Estoy nerviosa. Hoy es un día especial, en el que deben suceder muchas cosas: el cambio de autoridades, la inauguración del mural...

Ayer, después del baño y la comida (en la cual rompí la norma y compré en un puesto de comida un pollo priísta que combatiera a mi estómago rebelde) dormí un par de horas. Después fuimos a visitar el hospital. Comprendí entonces el desencanto de Luis y Raúl, pues el hospital es de momento poco más que un solar, con el techo descubier-to y algunas habitaciones vacías (claro que para eso hemos traído el dinero, para que ese solar se convierta en un hospital). Y por la tarde estuvimos matando el tiempo, mirando algunas camisetas en la tienda comunitaria y viendo a Ramón trabajar.

El mural, poco a poco, iba avanzando. Por las lomas del monte ya comenzaban a asomar los soldados del EZ, Emiliano Zapata volvía a



cabalgar con la piel del color bronce y Madre Tierra sonreía. Por cierto, yo no lo sabía, pero la mujer que representa en el mural a Madre Tierra es la mujer de Marito. Me lo dijeron cuando la vi subir al andamio y quedarse muy quieta en una esquinita, mientras Ramón la miraba una y otra vez y daba pinceladas.

De vez en cuando subía más gente, niños, algún campesino y coloreaban alguna figura, una casita, una estrella en el firmamento... Ramón entonces hablaba con ellos y a veces les hacía reír. Siento que él ha pulsado alguna tecla, ha establecido una conexión que yo desde aquí abajo no consigo establecer. La única persona de la comunidad con la que he hablado desde que estoy en La Culebra (a excepción de quienes vinimos en el autobús) es el hombre que me vendió el pollo, mientras esperaba a que lo asara en la barbacoa, y tuve que ser cuidadosa (en realidad no sabía si era un priísta o no), charlar con él como si se tratara de una esas conversaciones absurdas de ascensor, un ascensor que ninguno de los dos sabíamos a qué piso nos llevaba.

Yo también subí al andamio a dar unas pinceladas. El mural ha pintado durante muchos meses mi corazón de colores y no podía irme de aquí sin corresponderle. Y por supuesto, quería, necesitaba hablar con Ramón, porque él también lo ha hecho, también ha pintado mi corazón durante mucho tiempo, aunque estas últimas semanas los colores comiencen a descascarillarse y la madera del barracón se pudra poco a poco, desarbolándonos a los dos.

Ramón parecía cansado. La primera noche debió de dormir ahí mismo, pues vi su saco entre los botes de pintura. Le besé. Y después, creo que por primera vez desde que nos conocemos, no supimos qué decirnos. Yo tomé uno de los pinceles y coloreé la piel de una de las mujeres que se bañaban en el río, la que sostiene un niño pegado a su pecho. Cuando acabé Ramón me abrazó. Me di cuenta de cómo temblaba, como una hoja agitada por el viento y luego fue él quien me besó en los párpados, secando con sus labios una lágrima que había comenzado a brotar de mis ojos.

No he vuelto a estar con él hasta la noche, en el barracón, bien entrada la madrugada. Durante el día lo vi pasar varias veces en dirección a la letrina, o a por agua o cigarrillos, encerrado en sí mismo,

sin hablar con nadie, arrastrando consigo todas las tormentas de su interior, toda la ceniza de su alma herida por el rayo, todo el dolor del mundo...

Ramón continuó pintando también cuando anocheció, a la luz de los focos. Mientras tanto, en el escenario, se iban sucediendo las actuaciones, las payasas del mundo, algún joven leyendo poesías... Y de repente, sucedió algo sorprendente, apareció Luis, con la guitarra con la que le habíamos visto deambular, y comenzó a tocar. No lo hacía mal, pero todos se reían, un poco nerviosos. Yo me temí lo peor, algo que batiera en cochambre a aquello de “Quiero una novia que me lave y que me planche”. Sin embargo, de su garganta, que hasta entonces yo había creído que tenía por única utilidad tragar “micheladas”, emergió de pronto una voz dulce y sobrecogedora, que se te introducía en el pecho y apretaba el corazón, una voz que además sabía elegir la canción precisa, la que necesitábamos oír en cada momento: “El unicornio azul”, “La maldición del malinche”, “Al Alba”...

Nuestro grupo, realmente, era una caja de sorpresas, un puñado de boletos de tómbola en los que siempre tocaba premio. Aunque Luis, desde luego, había tardado en salir. Supongo que, en el fondo, con su fachada gruesa de hombre hedonista y despreocupado, solo buscaba protegerse, acorazar su interior, en el que se escondía un hombre sensible e inteligente; lo suficientemente inteligente para saber que en estos tiempos asesinos la sensibilidad no se puede pasear a pecho descubierto, sin ser herido o sin que te la arrebaten.

Me retiré a dormir poco después de que Luis acabara su actuación, antes de que la orquesta y su mínimo repertorio de cumbias y corridos barriera por completo la melancolía con que él había impregnado La Culebra. He dormido algunas horas, y de madrugada he notado que alguien extendía su saco junto al mío. Enseguida he sabido que era Ramón, porque he reconocido el olor a pintura y a los cigarrillos sin filtro que fuma.

—María —ha dicho él.

Me gusta cuando me llama por mi nombre, me resulta extraño y familiar a un tiempo.

Hemos hablado un rato. Ramón me ha dicho que terminará el mural en el plazo previsto. También me ha preguntado qué tal estoy y qué

me parece La Culebra, pero no ha hecho demasiado caso cuando he tratado de explicarle lo importante que es para mí estar aquí, vivir el sueño zapatista.

— El sueño zapatista, eso es: vosotros sois sólo una pandilla de soñadores ridículos —ha dicho.

No he entendido muy bien por qué hablaba así, creo que está agotado y malhumorado. Sin duda le hace falta un buen baño de agua helada.

De hecho, por último me ha comentado que quería ir por la mañana al río.

—¿Quieres acompañarme?

—Claro —le he contestado.

—Entonces despiértame temprano —ha dicho, antes de caer rendido.

Todavía sigue durmiendo, aquí a mi lado, pero creo que es hora de levantarse. Aunque no sepa qué hora es.

13:45 (hora zapatista)

Ramón y yo acabamos de volver del río. Tal vez no haya sido una buena idea ir juntos y solos. Desde hace unos días Ramón intenta decirme algo, pero creo que no sabe cómo y va preparando el camino de la manera más dolorosa. Cada vez que hablamos se esfuerza en hacerme ver lo diferentes que somos.

—Menuda sorpresa ayer lo de Luis con la guitarrita ¿eh? —le he dicho.

Estábamos dentro de la poza y el agua estaba fría.

Él se ha encogido de hombros.

— Ya se veía que Luis era un buen tipo.

— ¿En qué se veía? —he preguntado extrañada.

—Es el único de todo el grupo que es puntual. Puede llegar borracho como una cuba, pero siempre está ahí, como un clavo a la hora fijada. Y es sincero, llama a las cosas por su nombre, provoca las discusiones necesarias en cada momento...

Su respuesta me ha dejado desconcertada, y además, ni siquiera me ha dado tiempo para reaccionar, pues a continuación me ha hecho una pregunta igualmente desconcertante.

— ¿Qué piensas sobre la lucha armada?

— ¿La lucha armada? No sé, estoy en contra de la violencia, ya lo sabes.

—Pero estás aquí, apoyando al EZ.

—Estoy aquí, apoyando a las comunidades.

—Bueno, pero todo lo que ha conseguido esta gente es porque se alzaron en armas ¿no?— me ha preguntado Ramón.

—Esta gente no tenía nada, era la única salida que les quedaba — me he defendido—. Y además, hace ya mucho que no pegan un tiro y que la lucha es de la sociedad civil.

— Pero los otros siguen ahí arriba, en el monte. ¿Qué crees, que toda la ayuda que reciben los zapatistas es para construir hospitales? ¿Que los del EZ son sólo una foto, un póster, que ellos no comen, no enferman, no gastan balas? No seas ingenua.

Le he odiado por decir eso. Es como si Ramón hubiera roto un tabú, como si hubiera desenterrado un cadáver en el jardín. Pero sé que no puedo culparle, pues lo que ha dicho es en el fondo el eco lejano de algo que yo misma, que todos nosotros sabemos y nadie quiere decir.

Nos hemos quedado un rato en silencio. Yo me encontraba confusa y tensa. El agua estaba muy fría. Era hora de volver a La Culebra.

Lunes, 11 de abril, 3:35 de la madrugada, La Culebra (Municipio Autónomo Ricardo Flores Magón).

La conversación con Ramón en el río me viene a la cabeza ahora una y otra vez. Ahora, que, después de que los priístas apedrearán los barracones, ahí fuera se siente una tensa calma y, no puedo verlos, pero noto la presencia de los soldados zapatistas, apostados en el monte, protegiéndonos, protegiendo a la comunidad —justo como en el mural de Taniperla—.

De vez en cuando entra un “compa” al dormitorio, recoge su petate y sale sigilosamente.

Fuera, en la pista de baloncesto, el baile se ha reanudado, pero alrededor de los barracones varios hombres armados con palos continúan vigilando.

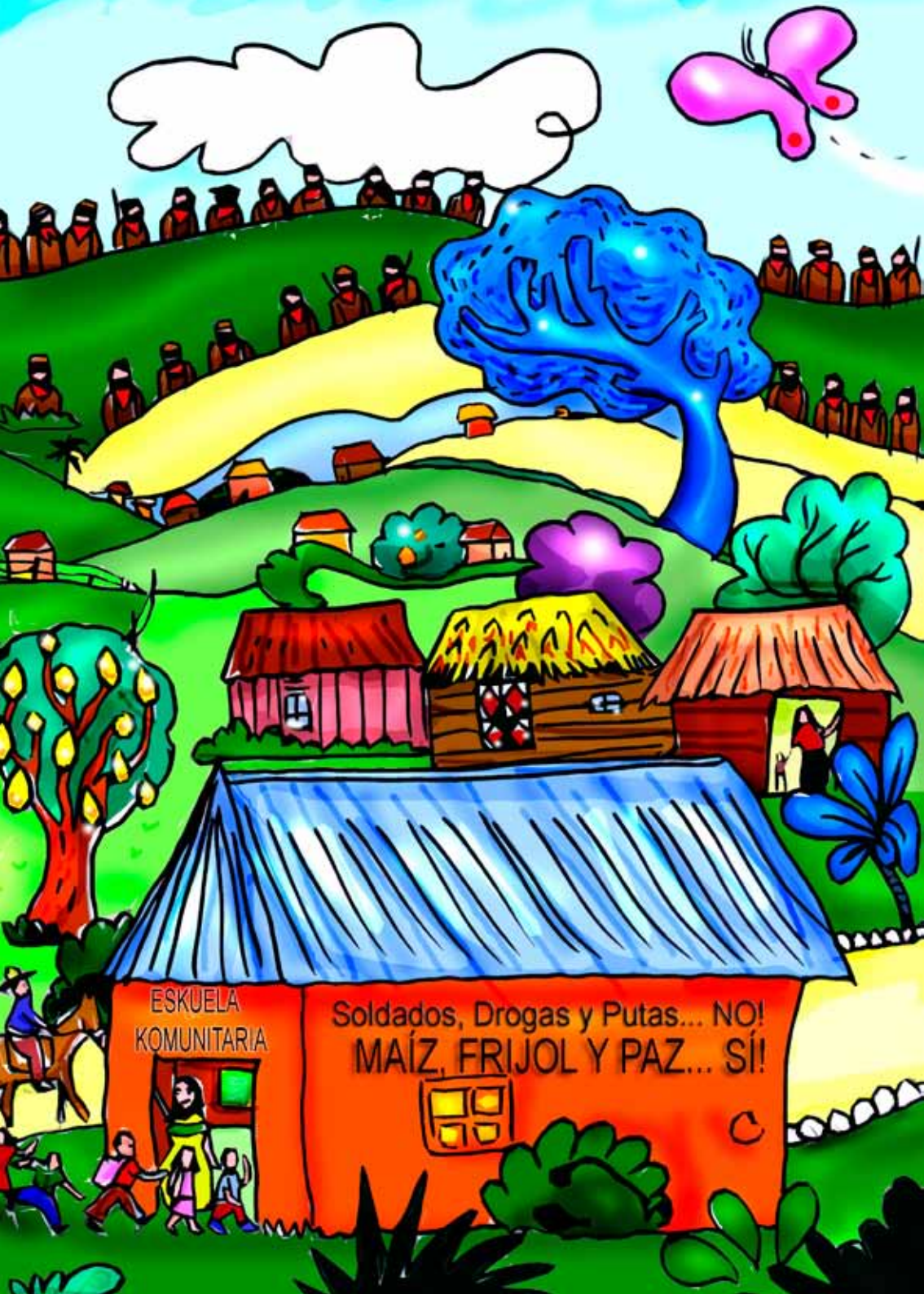
Todo ha empezado a medianoche.

No, todo ha empezado mucho antes, por la tarde. No tengo que dejar que su violencia me arrebate, le arrebate a mi cuaderno de viaje la descripción de lo que importa, de aquello para lo que vinimos.

Pero, tampoco, todo empezó, en realidad, cuando la gente de La Culebra, de Taniperla, de todo el territorio rebelde, dijo ¡ya basta! y se organizó, decidió ella misma cómo quería vivir. Y aquí siguen, le pese a quien le pese, aunque les apedreen, les desplacen, quemen las cañadas, les violen o asesinen... Aquí siguen, siete años después, y de nuevo con el mural presidiendo la Casa de los trabajos de las comunidades.

Para eso vinimos. Para celebrarlo.

A las seis de la tarde, hora solar y hora zapatista —porque el sol luce durante el día para todos, pero se acuesta junto a la estrella roja zapatista, tras los tableros de las pistas de baloncesto—, ha comenzado la ceremonia de conmemoración y el cambio de autoridades. De repente, todo el mundo a nuestro alrededor ha aparecido encapuchado o con el rostro cubierto por el paliacate (tal vez por ello, por fin nos han autorizado a fotografiar también a las personas). Se han izado las banderas y se han vuelto a entonar los himnos. Primero el de México, después el zapatista:



ESKUELA
KOMUNITARIA

Soldados, Drogas y Putas... NO!
MAÍZ, FRIJOL Y PAZ... SÍ!

*...Vamos, vamos, vamos, vamos adelante
Para que salgamos en la lucha adelante
Porque nuestra Patria grita y necesita
De todo el esfuerzo de los zapatistas...*

La mayoría de los presentes (también algunos “compas”, como Andrés, e incluso algún extranjero) han saludado militarmente.

*...Nuestro pueblo dice ya
Acabar la explotación
Nuestra historia exige ya
Lucha de liberación...*

Yo, sin embargo, y creo que todos los de nuestro grupo, a quienes nunca nos han gustado los himnos ni las banderas, me he sentido algo incómoda y también algo extraña conmigo misma, pues a la vez no he podido evitar experimentar una ligera exaltación. Afortunadamente, Pedro, a mi lado, con una camiseta en la que se leía “Las banderas son trapos de colores” y algunos niños cantando entre risas el himno —que además tiene ritmo de ranchera— han restado marcialidad al acto.

Tampoco ha sido nada marcial la irrupción en escuadra por uno de los extremos de la pista de dos hombres y mujeres que, tropezaban entre sí y perdían una y otra vez el compás y que han hecho entrega de una bandera al consejo municipal.

A continuación ha habido una ceremonia religiosa algo extraña, pues la ha oficiado Marito, nuestro guía en territorio zapatista, en la que han bendecido uno a uno a las nuevas autoridades municipales. Luego, algunos músicos han cantado varias canciones (eran esta vez músicos zapatistas, y entonces he entendido el porqué de la orquesta priísta durante el baile).

Todo parecería un chiste, si no fuera porque a la vez resultaba natural, espontáneo, y era una muestra perfecta de lo que pretende ser la lucha zapatista. Una lucha de todos. De mujeres, hombres y niños.

De indígenas y güeros. De quienes tropiezan y de aquellos a los que la naturaleza privó del sentido del ritmo.

Por último se han leído los discursos. En algún momento de los mismos se han referido al mural y lo han declarado inaugurado, pero no recuerdo exactamente cuándo, ni qué han dicho. Tampoco me importa, para mí era suficiente ver a las autoridades sentadas en una larga mesa, con los rostros cubiertos, bajo el mural. Ese mural que de nuevo, tras viajar por todo el mundo, estaba donde debe estar: en casa, seguro, indestructible como los sueños...

He sentido que un escalofrío me recorría la columna y he buscado con mi mano la de Ramón, a mi lado, pero él ya no estaba, había desaparecido, se había perdido entre la gente, entre los encapuchados y la niebla de la noche, que comenzaba a caer.

Cuando ha acabado la ceremonia ha comenzado el baile. Alguien ha comentado que un comandante del EZ ha estado presente entre el consejo municipal (el comandante Brus Li, me ha parecido oír; ese es su nombre de guerra, Brus Li, tal cual, dicen que porque sus golpes dialécticos son certeros y letales) y que ahora tal vez siguiera por ahí, bailando. Pero era imposible reconocerle. No sabemos cuándo se han despojado de pasamontañas y paliacates, pero nos hemos dado cuenta de que ya nadie llevaba el rostro cubierto.

El baile se ha prolongado con normalidad varias horas, hasta medianoche.

Ha sido entonces cuando todo ha empezado.

Al principio ha sido sólo una sensación de nerviosismo entre la gente. Se cuchicheaban cosas al oído y no paraban de mirar hacia la carretera. Más tarde, algunos hombres han comenzado a correr hacia el monte. Algunos de ellos han aparecido con grandes palos, los han partido con las rodillas y han vuelto hacia la carretera, desde donde se oían gritos. De repente la música ha parado y en la pista de baloncesto sólo quedábamos los extranjeros, las mujeres y los niños. He visto a los hijos de Marito, llorando, temblando. El mayor de ellos debía de ser muy pequeño cuando un ejército de mil hombres irrumpió en Taniperla, destruyó el mural, quemó casas..., pero sin duda lo recuerda. Se lo recuerdan

cada vez que tiene que verlos, ahora que Taniperla es un gran cuartel; o cuando amenazan con violar a su madre en los controles militares; o a su padre, los priístas en los pueblos, con rebanarle el cuello...

Por un momento, sin embargo, los llantos han cesado, ha habido un gran silencio, pero luego han comenzado de nuevo las carreras y los gritos, esta vez más fuertes. Andrés ha llegado corriendo hasta nosotros.

— ¡Métanse en los dormitorios y esperen ahí. Rápido. Y tengan las cámaras preparadas!

Nos hemos retirado hacia los barracones, con relativa calma, la que nos concedía todavía no saber qué estaba pasando exactamente. La Niña se ha resistido un poco y ha intentado acercarse a la carretera a hacer algunas fotos. Seguramente se trataba de la inconsciencia y la generosidad de sus dieciocho años, pero también me ha parecido que encontraba en cierto modo excitante la situación. Tal vez porque a mí, de una manera más disimulada también me pasaba. Aquel era otro de mis cadáveres enterrados en el jardín. Durante todo el viaje, en el fondo, estaba deseando que ocurriera algo; algo que justificara mi presencia allí y también, era cierto, algo que pudiera contar después en mi reportaje.

—Esto no es un juego —me ha abierto los ojos Andrés.

Aunque se dirigiera a La Niña. Ella se ha quedado abatida al oír esas palabras. Creo que de golpe se ha sentido traicionada, que ha descubierto que Andrés no estimaba su relación en la misma medida que ella, de igual a igual.

De todos modos, Andrés tenía razón, aquello no era un juego. Lo hemos comprendido perfectamente cuando hemos visto caer dos piedras enormes a sólo unos metros de donde estábamos. Hemos corrido entonces a refugiarnos en los barracones.

Han caído algunas piedras más sobre el tejado. Al cabo de un rato, ha aparecido Carlos, el general.

—Son algunos priístas, en la carretera. Unos treinta. Pero tranquilos, la situación está controlada. Hay unos quinientos “compas” rodeando La Culebra. Y de todos modos, están intentando arreglarlo, hablando.

Nos hemos quedado un rato más allá, dentro del dormitorio. Un

par de veces me he asomado fuera y ahí estaban. De pie, firmes, en cada esquina. Iban armados únicamente con palos, pero me he sentido segura y también necesaria por primera vez desde que entramos en las comunidades. Al verlos así, protegiéndonos, he comprendido lo importantes que somos para ellos, sin necesidad de hacer nada, simplemente estando aquí, para después allá, en casa, contar que los zapatistas quizás no sepan desfilar ni poner nombres serios a sus comandantes, ni falta que hace, porque después son capaces de reaccionar cuando es preciso; capaces de reaccionar con la rapidez, la valentía, con la convicción que proporciona saber que el sol duerme de su parte, que la lucha zapatista es mucho más que un sueño, que aquí los sueños son la realidad y que al final la victoria será de aquellos que lleven un mundo mejor en sus corazones.

Ha pasado casi una hora sin que volvieran a caer piedras. Finalmente, la orquesta ha vuelto a tocar y hemos regresado a la pista de baloncesto y todos, sin excepción, hemos bailado, hasta que los hijos de Marito han dejado de llorar, hasta que ninguno de nosotros ha tenido ya miedo.

Después, yo me he venido al barracón y he comenzado a escribir esto. Fuera, la música continúa y espero que se oiga muy lejos, que la oigan los priístas, pero sobre todo que se oiga allá arriba, en el monte.

13:40. Autobús entre La Culebra y Palenque

Hace ya unos minutos que hemos dejado atrás La Culebra. Tengo una sensación agri dulce. Me parece que hemos salido de allá precipitadamente, como fugitivos. Aunque también es cierto que esta mañana allá no quedaba nadie. Las dos mil personas que vinieron para la fiesta han desaparecido, como por arte de magia. Ya no había puestos de comida y las tiendas estaban cerradas, tanto las comunitarias como las priístas. Los músicos habían recogido el escenario y se habían marchado. También los miembros del consejo municipal se han ido, por seguridad. El incidente de ayer, al parecer, se resolvió dialogando, pero preferían que los ánimos se calmaran. No van a hacer ninguna denuncia y nos han pedido que nosotros tampoco la hagamos. Dicen que es mejor

para mantener la convivencia. También han sugerido que salgamos de La Culebra. Supongo que ahora les resulta más complicado responsabilizarse de nuestra seguridad.

Nuestro calendario se ha alterado de ese modo y hemos hecho una asamblea para decidir qué alternativa tomar. Carlos, “el general”, ha sugerido regresar a San Cristóbal y al día siguiente visitar el caracol de Oventic, que está relativamente cerca. Otros, preferían dar por terminada la visita a las comunidades y salir por Palenque, hacer noche allá y visitar al día siguiente las pirámides mayas.

—Me parece una tontería pegarnos otro día en Oventic igual que el que pasamos en La Garrucha, secuestrados, esperando a que decidan a dónde podemos ir, qué podemos ver —ha dicho Luis, que se ha erigido en portavoz de esa propuesta.

—¿Pero nosotros a qué hemos venido aquí? ¿Al “zapatour”, de turistas? ¿Somos libertarios o qué somos?

A Carlos, “el general”, se le veía irritado. El zapatismo es su vida, incluso le ha esculpido la cara, hasta dejársela clavada a Pancho Villa, y creo que lo que en realidad le enoja es que comencemos a regresar a casa un día antes de lo programado.

—Hombre, también se puede ser anarquista y no estar todo el día cabreado con el mundo, divertirse un poco... —ha contraatacado Luis.

— ¿Tú me vas a dar clases de anarquía a mí?

— No, me las vas a dar tú a mí.

— No, tú a mí.

La discusión se ha vuelto grotesca (parecían aquellos dos caballeros que permanecieron tres días con sus carruajes frente a frente, en la Casa de los Azulejos, esperando a que el otro le cediera el paso) e incómoda, sobre todo para quienes no formamos parte de la CGT. Resultaba difícil pensar que un sindicato como el suyo aspirara a cambiar el mundo, si ni siquiera eran capaces de ponerse de acuerdo entre ellos. Finalmente ha sido Pedro quien ha ejercido de Virrey y les ha pedido que se calmen, que dejen las diferencias personales y que votemos las propuestas. Hemos sido mayoría los que hemos preferido salir por Palenque.

La votación ha sido a mano alzada y al levantar la mía he sentido que decepcionaba al general. Durante todos estos días he podido confirmar todo lo que ya había intuido a través de los correos que intercambiamos antes del viaje: su inagotable capacidad de trabajo, lo inquebrantable de su espíritu rebelde, su fe ciega en el zapatismo... Pero, creo que Luis tiene razón, no me apetece pasar un día entero tumbada sobre la pista de baloncesto, esperando a que me devuelvan mi pasaporte.

Es hora, por tanto, de decir adiós a La Culebra, al municipio autónomo y rebelde Ricardo Flores Magón, al territorio insurgente. Me pregunto si algún día estaré aquí de vuelta.

Jueves, 14 de abril, 12:20. Hotel San Martín, San Cristóbal de las Casas.

Esta, sin duda (ahora que vuelvo a releer las últimas páginas) está siendo una larga despedida. Primero fue La Culebra. Y después Ramón. Entre él y yo todo terminó hace dos días, allá, entre las ruinas de Palenque. Desde entonces no me he sentido con fuerzas para escribir. Y si ahora lo hago es sólo porque sé que dentro de unas horas tomaremos el autobús de regreso al DF y me separaré de él definitivamente. Escribir me ayuda a sobrellevar la espera, rellena esas horas vacías, desaloja el dolor, la incertidumbre, el miedo...

Debo, pues, retomar mi cuaderno de viaje.

El día que abandonamos La Culebra llegamos a Palenque de madrugada, tras recorrer de nuevo pistas llenas de polvo y baches. Por el camino cayeron algunas gotas, gordas como pompas de jabón, pero la carretera no llegó a embarrarse como dicen que sucede en la época de lluvias, cuando hay que bajar de los vehículos y hundir las piernas en el fango para empujar. Me pregunto cómo serán los viajes entonces, sobre todo en las redilas, los pequeños camiones descubiertos, en los que los pasajeros se amontonan de pie en la parte de atrás. Y cuánto durarán.

Nosotros, desde La Culebra hasta Palenque tardamos unas diez horas.

En Palenque nos alojamos en un hotel llamado “Misol Ha”, igual que la cascada que visitaríamos al día siguiente. La ciudad la vimos solo desde el autobús, pues a la mañana siguiente partimos temprano hacia las pirámides. Por suerte, amaneció un día nublado. José, el compañero de Charo, ya había estado en otra ocasión en las pirámides y contaba que el sol y los mosquitos hacían aquel lugar insoportable. José y Charo, por cierto, también tuvieron aquella mañana gris una discusión. Ninguno de nosotros la presencié, pero camino de las pirámides Charo le pidió a Ramón que le cambiara el asiento del autobús para sentarse a mi lado.

El detonante de la discusión, según me contó ella, había sido un saco de dormir que José regaló a Marito.

—Era un saco caro, pero eso es lo de menos —dijo—. El problema es que en Tinduf también regaló otro saco igual. Y que siempre anda



así. En Colombia fue peor, le pagó a un chaval con el que hizo amistad el alquiler de un año para que abriera una peluquería “rasta”. A mí me encanta que sea así, que sea generoso, y solidario, pero es que luego nunca piensa del mismo modo en nosotros dos, en nosotros como pareja, en ahorrar, vivir juntos... Tengo casi cuarenta años, y él lo mismo, y vivimos cada uno en nuestra casa —se lamentaba Charo.

No supe qué decirle. Intenté animarle un poco recurriendo a nuestra comisión de chascarrillos, pero ya no había mucho jugo que sacar. El triángulo Juan-La Niña-Andrés había despejado su hipotenusa el día anterior, cuando Andrés trató a La Niña como si lo fuera.

Al llegar a Palenque estuve más afortunada. En la entrada al recinto nos hicieron escribir en un libro nuestros datos, nombre, edad y profesión, y yo en esta última casilla escribí: “Consultora sentimental (en paro)”. Charo, por su parte, puso: “Maruja (becaria)”

Después, Palenque reclamó toda nuestra atención. Resultaba, ciertamente y nunca mejor dicho, un lugar monumental. No sólo el conjunto de edificios, palacios, pirámides, templos, sino también el hecho de que éstos estuvieran enclavados en mitad de la selva. Una inmensa alfombra verde se extendía ante escaleras interminables de piedra, que conducían a templos despeinados por gruesas lianas, rodeados de espesa vegetación... Palenque, de hecho, durante muchos siglos estuvo enterrado en la selva, sin que nadie conociera su existencia. Y puede que mejor así, porque cuando fue descubierto y se supo que habían aparecido varias cruces mayas, la Iglesia (la competencia, ya se sabe) mandó reducir a polvo buena parte de los valiosos paneles de estuco en los que éstas se representaban.

Nuestra visita, de todos modos, quedó algo deslucida porque el principal punto de interés estaba cerrado ese día: la tumba de Pacal, el único monumento funerario encontrado en ruinas mayas y hay quien dice que la única pirámide funeraria, pues en las egipcias jamás se han encontrado momias —en la de Palenque se encontraron varias, la de Pacal y la de varios jóvenes más sacrificados para que le hicieran compañía en el inframundo, el mundo de los muertos en la civilización maya—. La lápida mortuoria de Pacal es un jeroglífico en el que donde

unos han identificado símbolos sagrados mayas, otros han creído ver la imagen de una nave espacial y al propio Pacal, convertido en un astronauta, pilotándola. Algunos científicos, incluso, no dudan que Pacal, también llamado Quetzalcoalt, la máxima divinidad maya, era el dios entre los dioses, llegado desde las estrellas para colonizar las tierras americanas y desarrollar civilizaciones superiores, las cuales luego extendieron su religión y conocimiento a todo el mundo. Sin duda, pensé yo, se trataba de algún científico loco, porque de lo contrario resultaba bastante inquietante y desesperanzada para la humanidad la idea de que el Dios entre los dioses acabara muerto y enterrado en mitad de la selva, convertido en un vulgar esqueleto.

Pasamos toda la mañana por Palenque, deambulando entre las ruinas. De vez en cuando hacíamos una incursión en la selva y veíamos sorprendidos algún colibrí (el pequeño pájaro que bate sus alas sesenta veces por segundo), monos voladores, tucanes...

En un momento dado Ramón y yo nos despistamos del grupo. Una niña nos había detenido para vendernos dos colgantes con nuestros signos del calendario maya.

—La tortuga, lento pero seguro —le dijo a Ramón.

Y a mí:

—El jaguar, no soporta las jaulas.

Cuando la niña nos dejó a solas, Ramón me preguntó qué me había contado Charo en el autobús. Lo hizo divertidamente intrigado, pero en cuanto se lo expliqué él pareció ver la luz, y aprovechó la discusión de Charo y José para ahorrarse la que suponía que se entablaría entre nosotros cuando me dijera lo que hacía ya varios venía intentando confesarme.

—Creo que a nosotros nos pasa lo mismo. Tenemos intereses distintos. Y ritmos distintos. Yo soy la tortuga y tú el jaguar. Durante un tiempo hemos compartido el camino, pero hace tiempo que vamos descompasados.

Últimamente Ramón hablaba de una manera un tanto críptica, algo iluminada. Lo entendí mucho mejor cuando añadió:

—No voy a volver a Madrid. Me quedo en San Cristóbal de las

Casas.

Bueno, en realidad ahora, después de dos días, lo cuento así para hacerlo más soportable. Lo cierto es que en ese momento, aunque me lo esperaba y aunque sabía que Ramón tenía razón, me dolió como una puñalada en el corazón y durante el resto del día estuve desangrándome poco a poco, perdiendo fuerzas mientras seguíamos rumbo a San Cristóbal, el lugar donde todo acabaría para siempre entre nosotros.

Desde Palenque, camino de San Cristóbal, paramos en la cascada de Misol-Ha y después en las de Agua Azul, pero no recuerdo nada especial en ninguno de los dos sitios, solo agua, mucha agua, y gente bañándose, riendo, gente que parecía vivir en una postal (como los propios saltos de agua de Agua Azul, donde solían rodarse anuncios de colonia, desodorante...), gente feliz a la que yo odiaba y no quería ver.

Llegamos a San Cristóbal hacia las diez de la noche. Los demás salieron a tomar algo, pero Ramón y yo no nos encontrábamos con ganas. En la habitación no volvimos a hablar directamente del tema, como si lo diéramos por resuelto. Le pregunté qué pensaba hacer en San Cristóbal, de qué iba a vivir. Él me dijo que pintaría caricaturas a los turistas, vendería cuadros...

Esa noche dormimos en camas separadas, aunque en la habitación sólo hubiera una, de matrimonio.

15:35 (Después de la última comida en San Cristóbal de las Casas y, lo prometo, el último cigarro).

El día siguiente, ayer, pasé toda la mañana con Charo, de compras. Yo, en realidad, no compré nada. Me imaginaba cómo quedaría en casa cada objeto que me gustaba (las mantas, los caminos de mesa, una hamaca en el balcón o en la habitación en que Ramón pintaba, a veces hasta bien entrada a la noche...) y entonces me daba cuenta de que la casa que encontraría a la vuelta no sería la misma casa que dejé en Madrid, que ahora debería sacar sus cosas, las cosas de Ramón, volver a acostumbrarme a vivir sola... Era la primera vez en mi vida que ir de compras me deprimía.

Por la tarde, por el contrario, estuve paseando sola por San Cristó-

bal, viendo la iglesia de Santo Domingo, la Catedral, y eso me animó un poco. Tal vez porque los edificios antiguos permanecen en pie, aguantan todos los embates y fueron capaces de transmitirme su serenidad. La Catedral, con su fachada de color amarillo, supuso un agradable baño de luz, a media tarde. El primer obispo que tuvo esa Catedral fue Fray Bartolomé de las Casas, que es también quien da nombre —o apellido— a la ciudad. Hasta diez nombres distintos, ha tenido San Cristóbal de las Casas (algunos tan sospechosos como Villa Viciosa) hasta adoptar el actual, en honor del famoso defensor de los indios. Una paradoja, pues a todos esos nombres siempre les ha sobrevivido entre los indígenas su alias: la ciudad de los coletos, el apelativo que se daba a los españoles, por su forma de llevar recogido el pelo. San Cristóbal de las Casas ha sido a lo largo de los siglos la ciudad en la que los indios sufrieron mayor marginación. Tal vez por ello se ha convertido en un símbolo de los zapatistas, y fue una de las primeras plazas que tomaron en 1994 y a la que han vuelto siempre que han querido decir algo alto y fuerte.

Visité también la Iglesia de santo Domingo, frente a la sede de Enlace Civil, volví a contemplar su fachada, una de las más importantes del barroco colonial en todo Latinoamérica. Dicen, que desde el púlpito tallado en madera dorada de esa iglesia los dominicos se distinguieron especialmente por defender los derechos de los indígenas, a pesar de que en esa fachada algunos símbolos se esfuerzan en contradecirlo, como las águilas bicéfalas, símbolo del poder español o en lo alto de las dos torres laterales dos ángeles exterminadores. Aunque también es cierto que mientras estuve allá vi cómo entraban al templo varios indígenas, con velas, probablemente para ponérselas al Jesús de la Buena Esperanza, imagen al parecer muy venerada por ellos.

Esa tarde tuve tiempo también de tomarme algunas cervezas, porque los bares son los templos de los paganos, allá donde se encuentra consuelo y se vuelve a tener fe. En San Cristóbal además, los bares, con sus patios coloniales y sus interiores coquetos y en penumbra, iluminados por pequeñas velas, llenan el alma de sosiego (o tal vez sean las propias cervezas, qué más da). En uno de ellos, el del hotel de La

Casa de la Sirena, me encontré con Andrés; o más bien, él se encontró conmigo. Fue algo extraño, porque me dijo que estaba buscando a Ramón, para pedirle un libro, pero después, por la noche, hablé con Ramón, quien me dijo que aunque Andrés había estado con él no le había comentado nada del libro en cuestión. Andrés me preguntó qué me habían parecido las comunidades. También insistió en que no contara nada de lo sucedido el domingo por la noche si escribía algún reportaje y antes de irse me recomendó que no hablara con extraños.

—Por aquí hay muchos “orejás”, ya sabes.

Comprendí por fin el papel del misterioso y bello Andrés durante todo aquel viaje: una especie de comisario político, que debía velar por nuestra integridad, física y mental.

Cuando él se fue me quedé todavía un rato en aquel bar, haciendo tiempo hasta la hora en que nos habíamos citado todo el grupo para ir a “Madre Tierra”, otro local en el que esa noche había un concierto de “reggae”.

El bar del hotel “Santa Clara”, en “La Casa de la Sirena”, era un lugar agradable. Había entrado en él porque me llamó la atención la pequeña fachada, en una de las calles perpendiculares al zócalo, de estilo plateresco, con dos columnas de piedra a las que se encaramaban leones y caballitos de mar y, sobre todo, en uno de los extremos una curiosa sirena sin brazos y con la cara regordeta, tocada con un turbante. Una vez dentro leí en algún lugar que la casa tenía más de 300 años.

Estuve curioseando un poco por el hotel. En el patio interior se elevaban hasta tres alturas de balconadas de color rojo y en el centro se alzaba una bonita fuente de piedra. En uno de los lados había varias jaulas con grandes y tristes pájaros de colores. El gusto por los animales (por los animales en cautividad, o directamente muertos) se extendía también al bar, que intentaba recrear el ambiente colonial con varios lagartos disecados y hasta la piel de un gran cocodrilo colgada en una pared. Y además, viejos gramófonos, láminas antiguas con fotos de Pancho Villa, Emiliano Zapata... Sobre una repisa, justo enfrente de mi mesita de madera, descubrí también algunos cuadros de

Diego Rivera, sus esqueletos danzando, las niñas regordetas vestidas con huipiles... Me acordé entonces del DF, del gran mural en el Palacio Nacional, y pensé también en Ramón, en la admiración que sentía por aquel muralista mexicano, y hasta recordé que un día yo fui su Frida Khalo...

Me tomé alguna cerveza más en aquel bar y llegué a nuestro hotel a la hora confederal. El grupo estaba casi al completo, sólo faltaba Carlos, “el general”, quien tardó un poco en bajar, tal vez porque estaba arrancándose los galones, pues por fin había decidido salir a divertirse con toda la tropa. El ambiente era amigable y relajado, como si compartiéramos la sensación de haber acabado un trabajo en común, de haber regresado a salvo y fortalecidos de un lugar del que nunca nos iríamos, pues lo llevaríamos siempre dentro de nosotros, en el mapamundi de nuestro corazón, allá donde se encartan los sueños.

Fuimos andando hasta “Madre Tierra”, que al parecer era el punto de encuentro de todos los rebeldes y la bohemia de la ciudad. “Madre Tierra” se encontraba en un local de dos pisos. El bar estaba en la parte de arriba y para acceder a él había que subir por unas escaleras de madera oscura, creo recordar. Todos mis recuerdos visuales sobre aquel lugar son en realidad difusos, sin embargo, nunca olvidaré la sensación de fraternidad que se estableció entre nosotros aquella noche. Me gustaría que esa fuera nuestra auténtica despedida, no la que vendrá dentro de unos minutos, cuando diga adiós a Ramón y a este último año y medio de nuestras vidas, ni tampoco dentro de dos días en Barajas, cuando me separe también de los demás y Madrid vuelva a engullirnos.

Ese es el recuerdo que quiero llevarme de este viaje, de las personas que en él he conocido: todos allá sentados alrededor de una mesa, brindando; La Niña y Juan, por fin, besándose, a escondidas en el balcón que daba al patio interior (les he visto cuando he ido al baño, y ellos a mí, y todos nos hemos reído, felices); Raúl, alias el “rompemarcapasos”, bailando “reggae”, imitando a aquel tipo extraño al que apodamos “El calambres”, allá en una sórdida discoteca en la plaza Garibaldi; José y Charo, haciendo manitas, reconciliándose por

debajo de la mesa; Carlos, “el general”, derrocado por el tequila, rellenando los vasitos de Luis y Pedro, sus viejos camaradas del sindicato; y Ramón, bailando conmigo, acompasando sus pasos a los míos por última vez, mientras me dice que he sido una buena pareja de baile y me desea suerte, y yo le contesto que no se preocupe, tendré suerte, y él también, tendremos suerte, todos nosotros tendremos suerte, nos la merecemos.



Domingo, 17 de abril. Sobrevolando algún punto del océano Atlántico entre Mexico DF y Madrid.

Este viaje toca a su fin. Quince días después estoy de nuevo en un avión, masticando esa pasta que sólo es posible degustar en el cielo — porque en ningún lugar sobre la faz de la tierra tendrían la desfachatez de servirla—; masticándola, a duras penas, como tendré que comenzar a hacer con mi nueva vida en cuanto aterricemos. Por una vez me gustaría quedarme siempre suspendida aquí arriba, atrapada en este loco túnel del tiempo y el espacio. Pero todo (las quinielas que hacen en el periódico sobre la sucesión de Juan Pablo II —cuya muerte había olvidado—, los hombres de negocios entre los que me siento, fríos y distantes —iguales que los que tengo que entrevistar a veces, para la revista del banco—...), todo, se empeña en recordarme que regreso a casa y que allá la vida sigue igual y a la vez ha cambiado por completo, que en Madrid no habrá nadie esperándome, que nadie me acariciará la espalda por las noches, que tendré, en definitiva, que levantarme una vez más de mí misma y pelear para obtener la suerte que me merezco.

Intento sacar conclusiones de este viaje. Los viajes, dicen, siempre te enseñan a descubrir cosas. Hay un punto de partida y un punto de llegada, en el que una ya no es la misma. Yo, desde luego no soy la misma, he cambiado, me fui con un novio y vuelvo sin él, pero creo que incluso de esa ruptura puedo aprender algo. Ramón me ha enseñado a mirar a los demás sin prejuicios, a buscar su lado bueno; y a mirar dentro de mí misma con honestidad, a perder el miedo a desenterrar los muertos del jardín. He aprendido que nunca se debe renunciar a los sueños, pero que a veces los sueños no son perfectos y no se pueden convertir en un refugio para toda la vida; que para que los sueños sean perfectos a veces hay que dar el paso y atreverse a realizarlos. Y sé también dónde está hoy esa frontera hacia La Realidad; que algún día, creo que no muy lejano, volveré a San Cristóbal de las Casas, y que no lo haré buscando a Ramón, sino a mí misma.

Tengo, además, la obligación de volver a San Cristóbal de las Casas y al territorio insurgente, en el que, a fin de cuentas, sólo estuve tres o cuatro días y del que, a pesar de este cuaderno de viaje, lo ignoro casi todo (pero eso no importa, he aprendido también que el zapatis-

mo no ofrece respuestas, sino preguntas). Tengo que volver antes de que San Cristóbal de las Casas deje de ser ese punto de encuentro de soñadores de todo el mundo, la penúltima estación de los revolucionarios, un limbo feliz en la tierra para quienes todavía siguen en pie. Hoy mismo, el mismo periódico que hace quinielas celestiales trae, en letra pequeña, dos noticias desde el infierno. Una dice que el Gobierno Federal pretende prohibir la venta de alcohol en los bares de San Cristóbal que estén próximos a templos o edificios históricos (es decir en todos). Quieren, pues, llenar nuestras últimas trincheras de tierra. La otra, que una importante entidad bancaria española pretende cancelar las cuentas de Enlace Civil, bajo la acusación de blanqueo de dinero.

Al leerlo he sentido que se me revolvía el estómago. He hecho levantarse de sus asientos a los dos ejecutivos entre los cuales estaba encajado el mío y me he dirigido al baño, donde he vomitado los macarrones. Me he sentido mucho mejor. Después, al salir he buscado con la mirada a alguno de los “compas” y al primero que me he encontrado ha sido a Pedro. Llevaba una camiseta roja, en la que con letras negras podía leerse, justo a la altura del corazón “¡Viva Zapata!”. Y yo, antes de volver al lugar que me correspondía, he levantado el puño y me he dicho a mí misma: “¡Pues que viva, cabrones!”

FIN

4. LOS COLORES DEL ESPEJO

Una frontera con forma de cintura de mujer: la figura de esta mujer, que simboliza la Madre Tierra, es la que da inicio, la que da a luz al mural si empezamos a observarlo desde la izquierda (desde la derecha hay igualmente otro amanecer). En ella se representan tanto el paraíso celestial como el terrenal. La frontera es su cintura. Arriba el firmamento, abajo el mundo. La mujer va descalza, lo que puede simbolizar un contacto directo con la tierra (aunque paradójicamente las mujeres no pueden pisar la milpa, el maíz) pero también, poniendo precisamente los pies en la tierra, es la forma tradicional de calzarse de las indígenas; o mejor dicho, de no calzarse.

La arteria de agua: Taniperla significa “Cañas del Río Perla”. El Río Perla, en cuyos márgenes crecen unas curiosas cañas, las tanías, con una flor algodónada en la punta, corre por una cañada en la que se asientan las 112 comunidades diferentes que forman el municipio. La cañada es la que da vida al mismo. Una arteria de agua —el agua es la vida, dicen los indígenas—, en la que éstos se bañan, lavan la ropa... Viven.

La religión de todas las religiones y ninguna: aunque originalmente Taniperla fue una comunidad cristiana y católica, posteriormente llegaron otras iglesias, como la evangélica. La convivencia de todas ellas, la idea de la espiritualidad en sí, en realidad, se idealiza en esta casita que es el templo de todas ellas. En un pebetero arde el copal, que los indígenas quemaban en honor de sus dioses. Dentro de la casita los indígenas pintaron a otro creador, en este caso del propio mural: Checo Valdez.

Una paloma que vuela libre: la asamblea tradicionalmente la formaban los hombres (en el otro extremo del mural hay una asamblea masculina, algo más desorganizada) pero las mujeres tienen derecho a convocar la suya y están comenzando a hacerlo. El círculo colorido y armonioso de esta asamblea femenina representa la liberación de la mujer, un aspecto especialmente tenido en cuenta en los municipios autónomos, donde en muchas ocasiones los hombres se ven obligados a huir al monte y son las mujeres las que quedan al frente de las aldeas. Del centro del corro una paloma alza libre el vuelo.

Semillas libertarias: el escritor revolucionario que da nombre al municipio, aparece sembrando palabras. Ricardo Flores Magón nació en 1873 en Oaxaca. Escritor y periodista de talante libertario, dirigió el periódico *Regeneración* y colaboró en *El Hijo del Ahuizote* (el nombre de ambos aparece en el zurrón que porta en el dibujo), desde los que arremetió contra la dictadura de Porfirio Díaz. Sufrió cárcel y exilio en San Luis (Missouri) desde donde promovió la insurrección de la Baja California. En Estados Unidos también fue encarcelado por dirigir un manifiesto a los anarquistas de todo el mundo. Murió asesinado en una cárcel de Kansas. Su obra, en la que destaca el drama “Tierra y Libertad” tiene un fuerte contenido realista y de crítica social. En el mural sostiene entre sus manos las letras que componen la palabra libertad.

Emiliano Zapata de color de cobre: al igual que Flores Magón la ima-

gen de Emiliano Zapata se ha hecho más próxima, más familiar para los indígenas oscureciendo el color de su piel. En su pañuelo rojo se puede leer uno de los mandamientos zapatistas: la tierra es de quien la trabaja

Una docena de testigos molestos: Los observadores internacionales que componen los campamentos civiles pretende ser sólo testigos neutrales que documenten violaciones de los derechos humanos. Doce de ellos, cuatro ciudadanos españoles, fueron expulsados de México tras el asalto a Taniperla del 11 de abril de 1998. Se les implicó en la creación del municipio rebelde, una acusación tras la que en el fondo se esconde la idea racista de que los indios son incapaces de organizarse por sí mismos.

Una puerta a la paz: quizá el elemento central del mural. Esta parte del mural, a la que se dirigen un hombre y una mujer con las decisiones tomadas por las diferentes comunidades, es además la puerta de acceso a la casa municipal (el lema sobre el marco en lengua tzeltal quiere decir “casa de los trabajos de las comunidades”) y con ella a todo lo que aspira a ser el municipio autónomo: en el centro de la puerta se lea la palabra paz.

Soldados desarmados: hay 90 guerrilleros, la mayoría de ellos del EZLN, apostados en la montaña, protegiendo el municipio. Los indígenas consideran que los zapatistas cuidan de ellos y no ven en estos soldados, a diferencia de en los del Ejército Nacional, una fuerza agresora sino de paz. De hecho, sólo 9 de los guerrilleros aparecen armados Destacan dos figuras, la de Ramona y la de otro comandante que puede ser David o Tacho

Instalando la luz eléctrica: El estado de Chiapas genera el 30% de la luz eléctrica de México, sin embargo el 80% de los chiapanecos carece de ella

Soldados, drogas y putas ¡no!: es lo que se lee en la fachada de esta escuela comunitaria. Y debajo: Maíz, frijol y paz ¡sí! Los maestros de las

escuelas estatales no pertenecen a la comunidad, ni sienten aprecio por ella, ni por su lengua, el tzeltal. Ni siquiera se preocupan de enseñarles bien el castellano. A veces beben, o ni siquiera acuden a la escuela, aunque los niños hayan caminado varias horas para estar allí.

Sueños sencillos y rotos: en las inmediaciones de la asamblea de los hombres se representan varias escenas cotidianas de una vida arrebatada: el café puesto a secar, un partido de baloncesto, peones abriendo caminos... Escenas aparentemente sencillas para nosotros (solo aparentemente, por ejemplo, uno de esos caminos se dirige al sol naciente, símbolo de conocimiento) y que para otros son pequeños sueños violentamente rotos.

Índice

1.	EL MURAL MÁGICO.	
	Reportaje publicado por María Rojo en la revista Insurgencias	9
	EL MURAL MÁGICO. VIDA Y SUEÑOS DE LA CAÑADA PERLA	11
2.	NOTA INTRODUCTORIA DE LA AUTORA.	15
3.	CUADERNO DE VIAJE.	23
	Domingo, 3 de abril de 2005. Sobrevolando algún punto del océano Atlántico entre Madrid y México DF	23
	— 23:30. Hotel Isabel la Católica. México DF	26
	Lunes, 4 de abril, 22:00, Hotel Isabel la Católica, México DF.....	33
	Martes, 5 de abril, 20:50, autobús entre México DF y San Cristóbal de las Casas.	43
	— 23:30 (Tras un alto para un cigarrito)	46
	Miércoles, 6 de abril. 4:50 de la madrugada. Autobús entre México DF y San Cristóbal de las Casas.	51
	— 14:50. Hotel San Martín, San Cristóbal de las Casas	57
	— 17:45. Hotel San Martín, San Cristóbal de las Casas	59
	— 23:55. Hotel San Martín, San Cristóbal de las Casas	60
	Jueves, 7 de abril, 21:40, Caracol de La Garrucha, Selva Lacandona.	67
	Viernes, 8 de abril. 17:40, autobús entre La Garrucha y La Culebra (Municipio autónomo y rebelde Ricardo Flores Magón).	75
	— 23:30, La Culebra (Municipio Autónomo y Rebelde Ricardo Flores Magón)	76
	Sábado, 9 de abril, 14:15, La Culebra (Municipio Autónomo y Rebelde Ricardo Flores Magón).	81
	Domingo, 10 de abril de 2005 (86 aniversario de la muerte de Emiliano Zapata, 7º aniversario del Municipio autónomo y rebelde Ricardo Flores Magón); La Culebra	87
	— 13:45 (hora zapatista)	91

Lunes, 11 de abril, 3:35 de la madrugada,	
La Culebra (Municipio Autónomo Ricardo Flores Magón).....	93
— 13:40. Autobús entre La Culebra y Palenque	98
Jueves, 14 de abril, 12:20. Hotel San Martín, San Cristóbal de las Casas. .	101
— 15:35 (Después de la última comida en San Cristóbal de las Casas y, lo prometo, el último cigarro).....	105
Domingo, 17 de abril. Sobrevolando algún punto del océano Atlántico entre México DF y Madrid.	111
 4. LOS COLORES DEL ESPEJO	 113

